

SOLIDARIDAD

Suplemento Literario

OBRERA

París, Marzo de 1958

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★

Precio 50 frs. - N° 676-51

MANUEL DEVALDES

POETA POR NATURALEZA

TROS amigos se han ocupado de Manuel Devaldés en sus aspectos individualista, neomalthusiano, ensayista, narrador. Por mi parte, un día habré de complacerme en invocar al refractorio, al pacifista científico que Devaldés ha sido.

Hoy, en el Suplemento Lite. « Soli » hablaré de un aspecto tal vez me desconocido de la personalidad de Devaldés, de una faceta de su juventud reveladora, ya, del hombre íntegro que en adelante resultará ser.

Quiero magnificar a Manuel Devaldés como poeta, y como tal íntegro.

« La nuit » escribe :

Es la hora - del fornicado inmenso - en la que las fraguas escupen al cielo denso - gigantes ramos rubicundos - y fuego purpurado que de la tierra sube - en la búsqueda empeñada de la teñible nube.

la hora - tan deseada - en la que, obre-ros lamentables - de ser infortunados - creamos miedo, pavor - produciendo a nuestra vida ese dolor.

No obstante añadirá Devaldés, en el preámbulo de su librito : « ...hay gentes que pueden plegarse a las reglas ». Cier-

hecha en común con Natal Umbert, hermano suyo de elección.

Pero no tengo conocimiento de la publicación de ese volumen. En una carta llegada a mí de Inglaterra (mayo de 1925), Devaldés, exiliado en razón a su carácter insumiso, agradecíame de todo corazón un artículo que publiqué en el periódico belga « L'Emancipateur », en el cual recordaba - inesperadamente para él - su libro de poemas : « Oh, Jeunesse, Jeunesse, où es-tu ? »

Mas, si el poeta rompió su lira, fué para dar nacimiento al narrador. Durante cerca de medio siglo debería deleitarnos con los cuentos que prodigó por todo, en revistas y periódicos disfrutando de su colaboración ininterrumpida.

No obstante, algunas de sus poesías nos serían aún libradas, entretanto, en la « Anthologie des Ecrivains Refractaires de Langue Française », presentada por él

POUR HENRI DAVY

to, y de las reglas poéticas a las leyes escritas el camino es el mismo : encogerse o plegarse. A tales nuestro vate, si nunca trató de imponerles su manera de ver, tampoco les concedió derecho a clasificarlo entre lo cangrejil y lo morrudo, lo bello o lo sincero. « Que comprueben que soy yo, sabiéndome bien a qué calificativo ello equivaldrá ».

En 1898 Manuel Devaldés anunció la aparición de una recopilación de prosas

mismo en un número especial de la revista « Les Humbles ». Es todo lo que conozco de este poeta de nacimiento que fué Manuel Devaldés, siendo de este aspecto azar inconocido de su obra que he deseado hablar con mis amigos lectores poco tiempo después de haber desaparecido nuestro poeta de la claridad y del libre sentir de los hombres.

● Colaboración traducida del francés por J. F. ●

No hay ninguna necesidad de entrar en el detalle de esa vida primeriza, de extenderse ampliamente en la explicación de episodios de la época. Para muchos, aquellos años fueron de inacción desesperante ; la gente toleraba vivir indiferente en torno de cuanto se agitaba alrededor suyo. Para Devaldés, los comienzos de sus actividades literarias se sitúan en 1895 con la fundación de la « Revue Rouge ».

A la edad de veinte años se poseen todas las esperanzas, se salta a la vida con pies firmes y seguros, se lanza uno a la conquista de quimeras. Jóvenes, ningún obstáculo nos parece infranqueable. A Devaldés bisoño la razón ya le orienta a través del matorral de las ideas que solicitan los sufragios de su juventud ardiente, impaciente para la acción.

Ingenio reflexivo, tal vez demasiado para ciertas cabezas ardientes, Devaldés escogerá su idea, la sazonará enseguida mediante su propia filosofía, consiguiendo establecer, de esta guisa, los datos para edificar un pensamiento libre que luego desarrollará y defenderá en hombre también libre, condición que se empeñará en guardar presidido por una gran serenidad frente a las peores aventuras a las cuales serán arrastrados los individuos y las colectividades, durante su prolongada existencia de militante.

Para quienes han tenido el placer de deleitarse con sus « Hurlés de haine et d'amour », su primerísima y única recopilación de poemas, habrán apreciado la viril energía de su pensar y comprendido, inmediatamente, el determinismo que ya entonces lo proyecta hacia regiones poco exploradas, por ejemplo : « ...los vagabundos del espíritu quienes, asfixiándose bajo el techo que cobija a sus padres, van a buscar, más lejos, mejor aire y más amplitud de espacio ». Es así que Manuel Devaldés, en sus « Hurlés de haine et d'amour » definió, en 1897, lo que él entendía por poesía. Fe poética que pregonó, vibrante, en la introducción de su librito de versos :

« Me tengo hecha una idea muy calma de la poesía. Creo que ella debe ser, o es, la exteriorización del sentimiento del individuo, una emanación espontánea del alma, un canto, un grito, un clamor de ser maravillado, de amor o de odio ante una cosa, un acto, una idea y que, en consecuencia, el temperamento de este hombre en ella (la poesía) y por ella, debe surgir plenamente, sin velos de ninguna especie que lo empañen. »

Esta valiosa colección será reflejo fiel de su temperamento, un temperamento que se desencadena exteriorizando con fuerza su sentimiento de poeta. Con su espontaneidad acentuada logrará dar sa-

lida, en irrupción impetuosa, a sus pensamientos poetizados. Sin entretenerse en el respeto a las reglas, Devaldés dirá, sin embargo, de la poesía regular, monótona : « ...ese truco profesional que esconde la ausencia de ideas originales o que adorna una puerilidad o una mentira ».

Natural, pues, que se inclinara por la versificación libre, máxime permitiéndole, su forma idónea, una libertad completa para expresar su idea abriantada con destellos de belleza.

Por lo demás, Devaldés no ignoró lo más mínimo que las vibraciones poéticas son diversas, como tampoco desconoció lo mucho que las influencias exteriores pueden multiplicar al infinito la diversidad de una obra. Pero la poesía permanece, para él, en espejo de un temperamento donde se reencuentra, si oso arriesgar esta comparación lisonjera, un aliento verhaeriano, pensando yo en ese poema que Devaldés intituló : « Vers la vie », lapidado por las multitudes aullantes y bulliciosas :

Rehuyo las negras ciudades de Atrofia - y, la frente en arrugas y el alma inquieta - pregonando voy las bellezas de otra vida.

Composición que termina con una afirmación algo estirneana :

Anuncio nuevos tiempos de vida exuberante - y mientras mi sueño puro se libra restallante - profano irreverente hieráticas virtudes - y reto a Dios y lo ante las nubes.

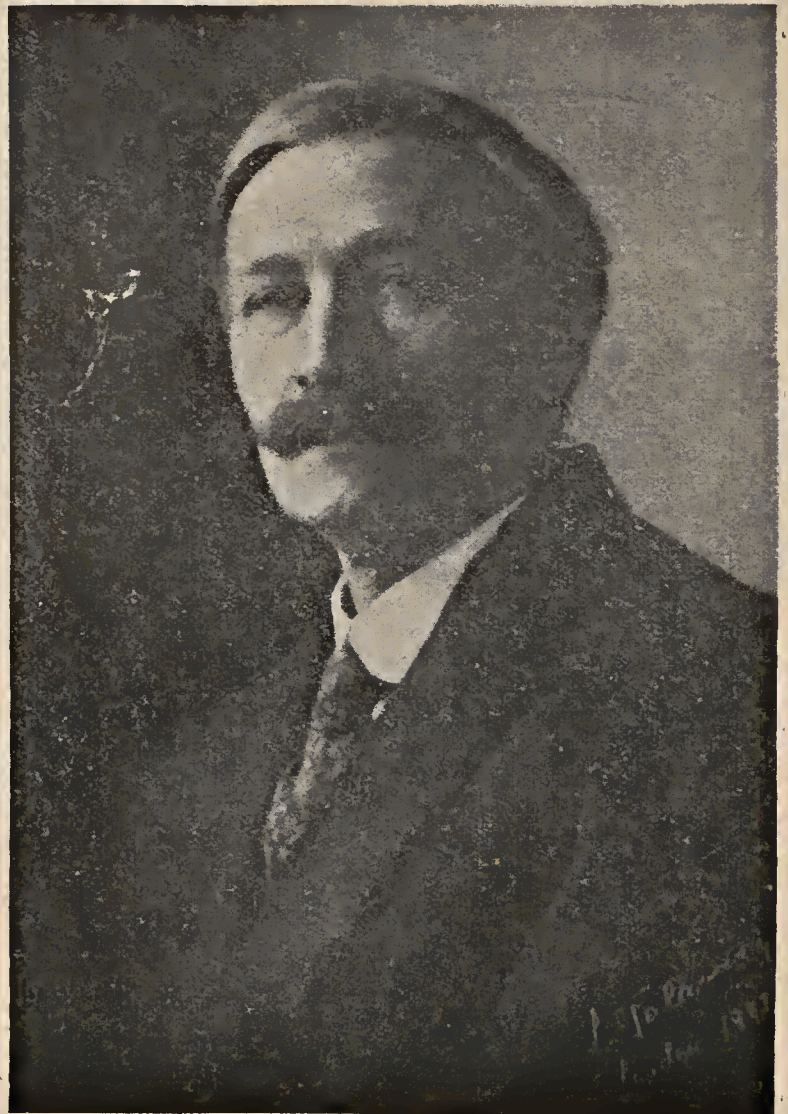
Pero dejémosle expresar con motivo « relicario de algunos de mis estados alma », según sus propios términos, pues nos dirá la preferencia que siente por los poemas que le « recuerdan magníficamente » instantes de su vida.

« Renaissance », « Nuite » y « Rut » pintan con armónico ardor su temperamento vehemente. Esta selección personal de su floración poética Devaldés no vacila en preconizarla, puesto que ama tales poemas por considerarlos como perfecciones según su ideal poético, tanto desde el punto de vista de la idea como del de la fórmula.

Llegarán ardientes, hermosamente empurpurados - en la hora tierna y pálida, en alba clara de luna - en la hora soberbia de los mediodías soleados - o de los crepúsculos en matiz o colorados.

Devaldés reunió, en este manojito de « Hurlés de haine et d'amour », sus poesías, incluso algunas antiguas, a fin de nada perder de lo que llamó « el beneficio moral de un esfuerzo cumplido ».

Entonces cantó, inútil decirlo, libremente, sus emociones ; voceó su amor, gritó su odio, afirmando, además, su rechazo a amoldarse « a las reglas de una prosodia anticuada ». Y el neomalthusiano se afirma ya en su poesía cuando en su poema



DON FRANCISCO EN FRANCIA

La amistad no tiene que ver con el tiempo, carece, afortunadamente, de la noción de temporalidad. La amistad, que Platón consideraba como la forma más bella y noble del amor, es fervor y es admiración. Por amor fervoroso y admirativo, amigos míos son Cervantes, Shelley, Leopardi, Hölderlin, Goya, Bach, Beethoven. « Ton ami Beethoven », me escribía el querido y admirado Jean Cassou. No se me negará que supe escoger bien mis amistades.

A don Francisco le amé en mi mocedad, cuando el corazón se abre a todas las amistades, las buenas, las malas y las peores. Luego, con el transcurrir de los años, se elimina la escoria de las malas amistades, las fingidas, las engañosas, las de oropel — no es oro todo lo que reluce — y se queda uno con las buenas, buenas por firmes y verdaderas, y adquiere otras que sus ojos de joven, deslumbrados por la juventud, no supieron ver.

La mayoría, gregaria y torpe, rebañega, conocía mal a don Francisco y sólo admira de él, aumentándolo, deformándolo, aquello que entonaba con su plebeyez de mayoría — de rebaño-plebeyez en el sentido espiritual, que no en el social — y había convertido a don Francisco, de tan alto señorío intelectual, en « el hombre que hace reír ».

Don Francisco ha sido uno de los hombres peor conocidos de España.

Hacer reír es un arte cuando el que lo cultiva se llama Sterne, Dickens, Mark Twain o Larra; es un arte cuando el que se ríe no es un bruto, un cretino de segundo grado, un zafio, un animal bipédo que habla, toma café y usa corbata porque Dios es, sin duda, un bromista.

A don Francisco no supieron verle los de la torpe mayoría y, por torpeza, le colgaron la etiqueta de chusco, de chistoso, de « tío salao ». Una vez etiquetado podían atribuirle todas las chocarrerías, aún las más soces y bajunas, para hozar en ellas como los cerdos. Cuando se tiene instinto de gorrino se ve la gorrinería en todas partes, incluso en aquellas donde no existe.

Don Francisco no era así. Don Francisco se reía — tal vez por no llorar, como Larra o como Heine — pero su risa atroz, nunca gratuita, era un desesperado grito de rebeldía que restallaba como un zurriagazo; una risa desgarrada, provocada por el espectáculo de la cobardía moral, la corrupción, la injusticia, la fealdad y la estupidez; una risa que sonaba como un bofetón.

La risa era el arma de don Francisco. Arma muy temible en el escritor de alta inteligencia y alto corazón; arma de la que el opresor se venga, porque la teme tanto como al puñal, llevando al destierro y a la cárcel a quien la esgrime. El ridículo también mata. ¿Qué miedo le tienen los tiranos al ridículo, a la risa!

Hace ya muchos años, en mi España geográficamente tan cercana pero que el latrocínio, el crimen y la cursilería han hecho tan lejana, estuve en casa de don Francisco. Me acompañaba Luis de Tapia (1) — amigo fiel, hombre de mucho señorío y poeta nada vulgar — que también, como don Francisco, sabía indignarse y soltar su indignación abriendo la

(1) ¿Qué se habrá hecho de su hijo Daniel, escritor de talento, autor de un « San Cristóbal » digno de elogio? Le ví en Toulouse, en febrero de 1939. ¿Qué se habrá hecho de él?



Luis de Tapia.



como tal vez lo seas también tú, lector. ¿Eso, la muerte, qué importa? Los hombres como don Francisco no pueden morir. Y eso, el tiempo, tampoco importa. El tiempo sólo es cuando ha pasado no cuando pasa.

válvula de la risa. Es decir: yo le acompañaba a él. Un amigo suyo de Villanueva de los Infantes había invitado a pasar unos días en el pueblo.

— ¿ Pueden venir conmigo unos amigos? — preguntó Tapia.

Y nos llevó con él a Enrique Diez Canedo, a Pedro Salinas — que han muerto como grandes señores en el destierro — y a mí.

Fuimos en tercera, que es, según Galdós, la manera casi obligatoria que en España debe emplear el escritor: tal vez porque en España lo más interesante es el pueblo.

Recuerdo que a los campesinos que con nosotros ocupaban el vagón — gentes par-

A llegado hace unos meses y lo tengo en mi mesa de trabajo — en esta casa del destierro que no es hogar sino sala de espera —, cada día más pequeña porque cada día hay en ella más libros y papeles.

En España tuve trato con don Francisco. Había muerto, hacía mucho tiempo que había muerto — murió nada menos que en 1645, cuatro años después de que en Barcelona el diputado Tamarit proclamara la República catalana — pero tuve trato con él, fui amigo suyo.

tos, ir al teatro cuando representan una obra de calidad, que, desgraciadamente, no es siempre; y ayudar a los más pobres que nosotros — eso no hay que olvidarlo nunca; olvidarlo sería una villanía — y viajar de cuando en cuando, huir de cuando en cuando de la vida cotidiana en la ciudad. Pero viajar en las épocas indicadas anteriormente: a finales de otoño, a finales de invierno.

En esas épocas del año la vida en el campo se ha librado de muchos azotes, de muchas plagas: las moscas repugnantes, el sudor, que es un castigo — « ganarás el pan con el sudor de tu frente » — todos los demás bichos que se solidarizan con las moscas para amargarle la vida al

hombre: chinches, mosquitos, pulgas, avispas, abejorros, tábanos, moscardones, alacranes, etc.

Un buen fuego en el lar campesino, un sillón de anea ante el fuego, un buen libro — Lucrecio, Erasmo, Montaigne — una pipa y un perro son cosas óptimas. Y es óptima también la mesa otoñal — en verano la comida no pasa de pretexto, de simulacro, pues, sintiendo disenter de los vegetarianos, comer ensaladas y frutas no es comer — en la que aparecen perdices, becadas, liebres, los succulentos civets de rebeco o jabalí, todo ello regado con un vino de mucho cuerpo. Y el caté después, acompañado de un aguardiente casero que huele a hierbas del monte. Y después del café una buena pipa y, con lluvia o con sol, un pequeño, un corto paseo por el campo. Paseo en el maravilloso silencio del campo. Paseo solitario, sin hedor a asfalto ni a gasolina, para luego acogerse de nuevo al hogar, arrimarse al fuego y pasarse la tarde leyendo, escribiendo — o sea: trabajando — y fumando. Y de noche escuchar la lluvia, de grato escuchar, ya que en el campo — palabra de honor — llueve de manera muy distinta de como llueve en las ciudades.

¿Que todo esto es pintoresquismo, cromo? Puede que sí, pero no sólo de pan vive el hombre. La vida es algo más que las « écoles de la parlerie » mentadas por Montaigne — con Cervantes y Unamuno, uno de los tres Migueles de mi devoción — y los ateneos, lugares en los que frecuentemente anda suegato, del brazo de la maledicencia, la pedantería. En la vida son también necesarios el pintoresquismo, el cromo... siempre, claro está, que se tomen a pequeñas dosis.

En Valdepeñas o en Alcázar de San Juan — en el andén de la estación unas mocitas pregonaban las famosas tortas — dejamos el tren y subimos a un autocar desvencijado y resoplante, asmático, que, dando tumbos y saltos nos dejó en la plaza de Villanueva de los Infantes, en el campo de Montiel, escenario del hidalgo loco que Cervantes hizo convivir con los cuerdos demasiado cuerdos: el cura, el barbero, el bachiller Sansón Carrasco, los duques que, sin la menor hidalguía, sin el menor señorío, tan despiadadamente, tan frívolamente hicieron burla del hidalgo. Huyamos siempre, queridos amigos, de los demasiado cuerdos. Bajo la capa de la cordura suelen esconderse muchas fealdades: el egoísmo, la cobardía, la burla ruin.

En la plaza de Villanueva de los Infantes nos aguardaba el amigo de Luis de Tapia. El amigo de Luis de Tapia — por más que lo procuro no consigo recordar su nombre — era va cuarentón y hombre muy simpático, muy cordial, de mediana cultura, obtenida gracias al roce con es-



critores y artistas, medianamente rico y soltero. Había pasado dos o tres años en Madrid — teatros, colmados, cafés, juerga — para, después, retirarse a Villanueva de los Infantes y convertirse en señorito de pueblo.

Nos llevó a su casa, nos instaló en ella. Nos prometió:

— Ya verán ustedes lo bien que lo vamos a pasar. En los pueblos no se aburre uno tanto como se figuran los que viven en las ciudades. Aquí, claro está, no hay tantas diversiones como en Madrid, pero también se trasnocha como en Madrid.

Le miré sombreado. ¿Cómo se las pondrían los pobladores de Villanueva de los Infantes para trasnochar como en Madrid?

Advirtió mi asombro el manchego y explicó:

— Tenemos el Casino, que no es como la Peña o Bellas Artes, pero, en fin...

Fuimos a ver el pueblo. Triste, desierto, muy bello. Belleza que no todo el mundo sabría ver, que no era apta para todo el mundo, para el vulgo que Dario calificó de « municipal y espeso ». (Si existía en Villanueva de los Infantes, el vulgo no sería seguramente espeso).

Falto de árboles, el pueblo daba la impresión, en aquella radiante mañana de invierno, de un pueblo sin agua, de un pueblo que se moría de sed. Esta impresión diéronmela también otros pueblos manchegos y en los Monegros aragoneses.

Casas bajas, de dos pisos a lo sumo, con pocas ventanas y las paredes blancas de cal. En una de las calles las casas tenían soportales, como en los pueblos del norte. Algún que otro caserón blasonado. Algún que otro convento. En las calles, casi nadie. Y un gran silencio, un silencio henchido de encanto que rompían de cuando en cuando las campanas, de tañido lento, largo, cansado.

Y la plaza, ancha, destartalada, con unas raquíticas acacias de las llamadas de bola. Y en la plaza el Casino — que antaño tal vez fué palacio — destartalado, con anchas salas pobremente amuebladas.

Lo más importante que hicimos en Villanueva de los Infantes fué una visita a la que nos invitó el amigo de Luis de Tapia. ¿Cómo se llamaría el amigo de Luis de Tapia? ¿Juan? ¿Pedro? ¿Manuel? ¿José? ¿Antonio?

— Nos dijo:

— Hoy, si ustedes quieren, iremos a visitar la casa donde murió don Francisco.

Y allá fuimos. Era en el lugar llamado Torre de Juan Abad. Llamamos a la puerta de la casa que, a juzgar por su aspecto, debió de sufrir muchas y muy desatinadas reformas. Abrió una vieja harto vieja, vestida de negro.

— Venimos a ver la casa.

— Pues pasen ustedes — nos dijo la vieja.

Y, precediéndonos, nos fué mostrando la vivienda mísera, que poco tenía que ver. Lo más bien conservado era un patio con columnas no recuerdo si dóricas o jónicas, y balcón volado, de madera.

La buena mujer, a pesar de ser tan vieja, no le había conocido a don Francisco, claro está, pero hablaba de él con familiaridad chocante y le llamaba don Paco. Natural, señor! ¿No son Pacos los Franciscos?

— Aquí comía don Paco — y nos indicaba una habitación inmediata a la cocina — pero antes la casa no estaba distribuida como hoy.

— Aquí murió don Paco — y nos asomábamos a un cuarto que exigía al que la luz diurna entraba tímidamente por un ventanuco alto.

Allí había muerto nuestro querido don Francisco — don Paco, según le llamaba la vieja —, solo, abandonado, pobre.

Sentíamos una dolorosa opresión, una helada angustia ante la miseria del cuadro.

● Termina en la página 3 ●

por **Luis CAPDEVILA**

cas de palabra y de gesto — les chocó mucho la vocecita débil y atiplada de Canedo, que contrastaba con la voz grave y abaritonada de Salinas. Charlábamos en voz alta y acaloradamente: libros y de quienes los escribían, de España y su miseria y su grandeza. Cuando se acaloraba, la voz de Canedo se ahilaba, se hacía más delgada. Los campesinos nos miraban extrañados, asombrados de que pudiera interesarnos lo que a ellos les parecían gollerías, palabras inútiles, ganas de perder el tiempo. Ignoraban los graves varones que con nosotros viajaban en el vagón de tercera, que el tiempo sólo lo pierden el necio, el frívolo; ignoraban la existencia de hombres tan raros para quienes perder el tiempo es, precisamente, preciosamente, ganarlo.

Villanueva de los Infantes no tenía entonces, ni sé si la tiene ahora, estación de ferrocarril. Había que bajar en Valdepeñas o en Alcázar de San Juan, no recuerdo bien. Recuerdo en cambio, aproximadamente, la fecha: uno o dos años antes de la proclamación de la República y en invierno, cuando ya el invierno tiene estremecimientos de primavera.

¿ Irse a la Mancha en invierno? Pues sí señor: en invierno mejor que en verano. La época más indicada para pasar unos días en el campo, paréntesis en nuestra vida de la ciudad, es la de finales de otoño, cuando ya el otoño se desnuda de su dorada pompa y tiene escalofríos invernales, o a finales de invierno, cuando ya se presiente, a pesar del frío, la llegada de la primavera. Ya sea en la montaña o en el llano, en la Soria de don Antonio como en la Mancha de don Francisco. Y — tengamos la valentía de recurrir por una vez al tópico — en la de Don Quijote. Tratándose de la Mancha no se puede dejar de lado a Don Quijote.

El invierno, sobre todo para el escritor — me refiero al novelista, al poeta, al ensayista, pero no al autor dramático, obligado a vivir más en público, obligado a tratar con actores, empresarios, etc. — el invierno, repito, es para el escritor que ha logrado independizarse económicamente una estación muy digna de estima y, por lo tanto, de loa. La independencia económica es condición sine qua non. Sin un poquito de dinero no hay nada de lo dicho. Un poquito de dinero que nos ponga a cubierto de la necesidad. Un poquito de dinero que nos permita tener una casa no lujosa pero sí confortable, con muchos libros, una mujer medianamente comprensiva, medianamente bella, acaso un chiquillo — si no mete mucha bulla — y, si es posible, un perro, cuya compañía resulta con frecuencia más leal y discreta que la de muchos hombres. Un poquito de dinero que nos permita vestir decentemente, frecuentar las salas de concier-

LA MISION DEL ESCRITOR EN LA VIDA CONTEMPORANEA

- Discurso de Albert Camus al recibir el Premio Nóbel -



Sinceramente he sentido esa inquietud, y ese malestar. Para recobrar mi paz interior me ha sido necesario ponerme a tono con un destino harto generoso. Y como me era imposible igualarme a él con el solo apoyo de mis méritos, no he hallado nada mejor, para ayudarme, que lo que me ha sostenido a lo largo de mi vida y en las circunstancias más opuestas: la idea que me he forjado de mi arte y de la misión del escritor. Permittedme, aunque sólo sea en prueba de reconocimiento y amistad, que os diga, con la sencillez que me sea posible, cuál es esa idea.

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de toda otra cosa. Por el contrario, si él me es necesario es porque no me separa de nadie y me permite vivir, tal como soy, al nivel de todos. A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de dolores y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y más universal. Y aquellos que muchas veces han elegido su destino de artistas porque se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia más que confesando su semejanza con todos.

El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza, sin la cual no puede vivir, y la comunidad, de la cual no puede desprenderse. Por eso, los verdaderos artistas no desdennan nada; se obligan a comprender en vez de juzgar. Y si han de tomar un partido en este mundo, sólo puede ser el de una sociedad en la que, según la gran frase de Nietzsche, no ha de reinar el juez sino el creador, sea trabajador o intelectual.

Por lo mismo el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición no puede ponerse al servicio de



Recibir la distinción con que vuestra libre Academia ha querido honrarme, mi gratitud es tanto más profunda cuanto que yo mido hasta qué punto esa recompensa excede mis méritos personales.

Todo hombre, y con mayor razón todo artista, desea que se reconozca lo que él es o quiere ser. Yo también lo deseo. Pero al conocer vuestra decisión me fué imposible no comparar su resonancia con lo que realmente soy.

¿Cómo un hombre, casi joven todavía, rico sólo de sus dudas, con una obra apenas en desarrollo, habituado a vivir en la soledad del trabajo o en el retiro de la amistad, podría recibir, sin cierta especie de pánico, un galardón que le coloca de pronto, y sólo, en plena luz? ¿Con qué estado de espíritu podría recibir ese honor a tiempo que, en tantas partes, otros escritores, algunos entre los más grandes, están reducidos al silencio y cuando, al mismo tiempo, su tierra natal conoce incesantes desdichas?

quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Si no lo hiciera, quedaría solo, privado hasta de su arte. Todos los ejércitos de la tiranía, con sus millones de hombres, no le arrancarían de la soledad, aunque consienta en acomodarse a su paso y, sobre todo, si en ello consiente. Pero el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor de su soledad, cada vez, al menos, que logra, en medio de los privilegios de su libertad, no olvidar ese silencio, y trata de recogerlo y reemplazarlo, para hacerlo valer mediante todos los recursos del arte.

Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, ahorrado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva, que le justificará sólo a condición de que acepte, tanto como pueda, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad, y el servicio de la libertad. Y ya que su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la servidumbre que, donde reina, hace proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.

Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin recurso,

como todos los hombres de mi edad, en las convulsiones del tiempo, sólo me ha sostenido el sentimiento hondo de que escribir es hoy un honor, porque ese acto obliga, y obliga a algo más que a escribir. Me obligaba, esencialmente, tal como yo era y con arreglo a mis fuerzas, a compartir, con todos los que vivían mi misma historia, la desventura y la esperanza. Esos hombres, nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, que tenían veinte años a tiempo de instaurarse, a la vez, el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, y que para completar su educación se vieron enfrentados luego a la guerra de España, la segunda guerra mundial, el universo de los campos de concentración, la Europa de la tortura y de las prisiones, se ven hoy obligados a orientar sus hijos y sus obras en un mundo amenazado de destrucción nuclear. Supongo que nadie pretenderá pedirles que sean optimistas. Hasta luego a pensar que debemos ser comprensivos, sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han lanzado a los nihilismos de la época. Pero sucede que la mayoría de entre nosotros, en mi país y en el mundo entero, han rechazado el nihilismo y se consagran a la conquista de una legitimidad. Les ha sido preciso forjarse un arte de vivir para tiempos catastróficos, a fin de nacer una segunda vez y luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia.

Indudablemente, cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida — en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que los poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en la que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión —, esa generación ha debido, en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores arriesgan establecer para siempre el imperio de la muerte, sabe que debería, en una especie de carrera loca contra el tiempo, restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura, y reconstruir con todos los hombres una nueva Arcá de la alianza.

No es seguro que esta generación pueda al fin cumplir esa labor inmensa, pero lo cierto sí es que, por doquier en el mundo, tiene ya hecha, y la mantiene, su doble apuesta en favor de la verdad y de la libertad y que, llegado el momento, sabe morir sin odio por ella. Es esta generación la que debe ser saludada y alentada dondequiera que se halle y, sobre todo, donde se sacrifica. En ella, seguro de vuestra profunda aprobación, quisiera yo declinar hoy el honor que acabais de hacerme.

Al mismo tiempo, después de expresar la nobleza del oficio de escribir, querría yo situar al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha, vulnerable pero tenaz, injusto pero apasionado de justicia, realizando su obra sin vergüenza ni orgullo, a la vista de todos;

atento siempre al dolor y a la belleza; consagrado, en fin, a sacar de su ser complejo las creaciones que intenta levantar, obstinadamente, entre el movimiento destructor de la historia.

¿Quién, después de eso, podrá esperar que él presente soluciones ya hechas, y bellas lecciones de moral? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla. La libertad es peligrosa, tan dura de vivir como exaltante. Debemos avanzar hacia esos dos fines, penosa pero resueltamente, descontando por anticipado nuestros desfallecimientos a lo largo de tan dilatado camino. ¿Qué escritor osaría, en conciencia, proclamarse orgulloso apóstol de virtud? En cuanto a mí, necesito decir una vez más que no soy nada de eso. Jamás he podido renunciar a la luz, a la dicha de ser, a la vida libre en que he crecido. Pero aunque esa nostalgia explique muchos de mis errores y de mis faltas, indudablemente ella me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y también a mantenerme, decididamente, al lado de todos esos hombres silenciosos, que no soportan en el mundo la vida que les toca vivir más que por el recuerdo de breves y libres momentos de felicidad, y por la esperanza de volverlos a vivir.

Reducido así a lo que realmente soy, a mis verdaderos límites, a mis dudas y también a mi fe difícil, me siento más libre para destacar, al concluir, la magnitud y generosidad de la distinción que acabais de hacerme. Mas libre también para decirlos que quisiera recibirla como homenaje rendido a todos los que, participando en el mismo combate, no han recibido privilegio alguno y sí, en cambio, han conocido desgracias y persecuciones. Sólo me resta daros las gracias, desde el fondo de mi corazón, y hacerlos públicamente, en prenda de personal gratitud, la misma y vieja promesa de fidelidad que cada verdadero artista se hace a sí mismo, silenciosamente, todos los días.

● Traducción de José Ballester-Gozalvo ●

DON FRANCISCO EN FRANCIA

● Viene de la página anterior ●

Don Francisco se llamó, y sigue llamándose a pesar de la muerte y contra la muerte — privilegio que sólo goza el que supo vivir de veras y hacerse hombre de veras, singularizándose por el sentido, el estilo y la finalidad que dió a su vida — don Francisco de Quevedo y Villegas.

En Villanueva de los Infantes — la casa pobre, exigua, desmoronándose o dando la impresión de que iba a desmoronarse de un momento a otro — en el lugar que él habitó y le vio andar de un lado para otro y le oyó hablar; en el lugar que le vio vivir y le vio morir lo más impresionantemente real era eso: la realidad de la muerte.

— Aquí murió don Paco — decía la vieja vestida de negro, como si llevase luto por un pariente y el pariente fuese don Paco, Quevedo.

La vieja había pronunciado seguramente muchas veces aquellas palabras. A mí me daba la impresión de que cada vez que las pronunciaba le mataba otra vez al poeta.

La casaca de la Torre de Juan Abad, en la Mancha tan bella y desolada, me había dado un don Francisco muerto, muerto irremisiblemente.

Pero hoy lo tengo redivivo, resucitado en mi casa del destierro, en mi sala de espera, de la larga espera. Ha venido de la mano buena y docta de Amédée Mas, hispanista e hispanófilo que no lo es de nacotilla, como algunos que yo me se. Le he recibido con todos los honores que tan alto señor merece y aquí le tengo, en mi mesa, vivo, resucitado en Francia por la inteligencia y el fervor de un profesor francés. Ha llegado en forma de libro. ¿Y qué? ¿Es que el escritor no revive en sus libros, que son su verdadera vida? ¿Es que Cervantes no está vivo, totalmente vivo en el Quijote? ¿Y Lope en La Dorotea? ¿Y Dante en La Vita Nuova?

El libro, se titula *La caricatura de la femme, du mariage et de l'amour dans l'œuvre de Quevedo*. (1)

Los elogios que tanto merece, la gratitud que le debo por haberseme entrado en casa quédense para otro día.

(1) Ediciones Hispano Americanas. 135 bis, boulevard de Montparnasse, Paris, 1957.



Indudablemente, el mundo tiene mucho que arreglar.



PIRANDELISMO



EN LA LITERATURA ESPAÑOLA (EN TORNO A « TAXIMETRO » DE COSSIO)

POR aquellos días, corrió por la ciudad el rumor de que un duendecillo travieso se había instalado en una casa abandonada.

Benito, que lee periódicos, se entera del caso y quiere saber lo que hay de cierto en la existencia de fuerzas ocultas y de espíritus. Por azar, en un café, oye hablar de espiritismo y uno de los asistentes a la Peña cafeteril, lo invita a una reunión de carácter espiritista. Benito acude puntual. El medium entra en trance y, de pronto, suenan siete golpes. Alguien pregunta al espíritu: « Dinos quién es esta nueva entidad. Dinos al menos el nombre. El medium, entonces, como con una voz de ultratumba, pronunció claramente esta palabra: Soledad. Benito sintió un extraño estremecimiento. — Viva... (245).

Se le dice de nuevo al medium: « Haz un esfuerzo, dinos lo que dice » — No puedo, no puedo... ; Ah !, sí, ha dicho Benito... Be... ni... to... — Benito soltó la mano del medium y cayó al suelo, desvanecido » (246) El caso no era para menos.

No insistiré sobre este punto, pues mal puede convencer a nadie de la verdad espiritista un hombre que, como yo, no está ni con mucho vencido. Si diré, no obstante, que esas teorías, defendidas por unos, negadas y combatidas por otros, cuentan con la benevolencia de maestros serios y de sabios conocidos, como Lombroso, Russel Wallace, de la Academia de Londres y otros (1).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la funcioncilla espiritista fué terrible para nuestro héroe, que enferma de gravedad. Un día, al mirarse en el espejo, « quedó espantado » (248).

« El tiempo le acababa, le consumía, le iba afinando, afilando, descarnando » (249) y, lo peor era que, el coche, ese elemento fundido y confundido con él mismo, en unidad indivisible, pese al aparente dualismo « iba perdiendo algo importante. Las cortinillas, un estribo, una aleta, un farol... Empezó a rasgarse su tapizado y apareció su esqueleto por allí » (Ibidem).

Nuestro protagonista pasa su vida esperando. Del mismo modo el coche pasaba el tiempo « siempre aguardando a la puerta de alguna parte, imagen perfecta de su destino. ¿ Acaso no era esa su vida, aguardar siempre, gastar el tiempo aguardando? » (Ibidem).

Al fin, Benito, tan desvencijado como su coche, se siente morir. El coche se para también definitivamente. Ambos seres, cada uno en su especie, no eran sino máquinas consumidoras de tiempo. El taxímetro, ese taxímetro que se identifica con el personaje principal, era toda una vida. El conductor, « ya viejo, de cara triste y seca » (8) « era el tiempo inexorable, tal como se pinta al tiempo en las alegorías, el tiempo que nos empuja, que nos apremia, que no nos ahorra ni un es-

fuerzo, ni una decepción, ni un dolor » (21).

He aquí el análisis completo de la obra. Hemos tocado ya de paso no pocos temas, pero existen otros, no menos interesantes, que desearía exponer con brevedad, antes de llegar a las conclusiones generales.

II. SOBRE EL SIGNIFICADO DE ALGUNOS NOMBRES

« Cada loco con su tema », dice el refrán español. En efecto, mi tema es el querer ver en cada nombre o mote, como diría Pérez de Ayala, « un retrato en mi-

niatura » (B. y Apolonio). Mi gusto personal me incita a la búsqueda y el dicho « piensa mal y acertarás », viene en auxilio mío y acaba por convertir en convicción lo que tal vez es simple manía.

El héroe de la novela se llama Benito, como hemos visto, esto es, « bendito », alma de cántaro, más bueno que el pan, un ser siempre dispuesto a dejarse engañar, destinado al fracaso, a ser objeto de la risa de los hombres y de la lástima de las mujeres. Se trata de un ser de quien se puede decir con justo motivo: « es un bendito ». El nombre cuadra perfectamente al personaje y ninguna de sus acciones lo reniega ni lo desmiente.

Tenemos luego a la simpática Inés, nombre salido del griego Zyreia, que significa pureza, sin tacha. ¿ Por qué Inés y no Juana ?

No creo que Cossio haya pensado en santa Inés, aquella santa que sufrió martirio y murió virgen. ¿ Ha querido pintar una ingenua, semejante a la Agnès de Molière, aquella que preguntaba: « Les enfants se font-ils par l'oreille ? ». No cabe la afirmación rotunda, pero sí la hipótesis. La Inés de nuestra novela es ingenua

y, tal vez sin pretenderlo, inspira amor durable. Sin embargo, es también mujer de cálculo que, en tanto Benito vive entre negros y negras, lejos de la civilización, sabe buscarse acomodo casándose con un rico.

El viejo indiano que se casa con Inés se llama don Armando, nombre sonoro, que suena a declaración de guerra y nos trae a la memoria el famoso « Armando Guerra », que tanto ruido hizo, como si esos dos elementos fueran inseparables.

En efecto, don Armando no adquirió su

poca gracia. El Sr. Valbuena Prat, cita una. Nosotros añadiremos algunos ejemplos más, espigados a lo largo de la obra.

Al hablar del coche de Benito, el autor exclama con honda piedad: « Aún más triste un automóvil viejo que un caballo viejo » (9).

Más lejos, cuando nuestro protagonista decide trabajar, coge un periódico y lee en una sección: « Matrimonio ». La ocasión es a propósito para decir: « ¿ Y acaso el matrimonio no es también una colocación ? » (23).

Se pierde con facilidad lo que estimamos y es, a veces, imposible desprenderse de lo que aborrecemos. Por eso, el autor escribe: « ¿ Qué difícil es desprenderse de lo que nos estorba » (31).

La pesca que ha dado lugar a tantos chistes más o menos graciosos, presta a Cossio materia apta para la greguería al decir: « La pesca es la ciencia de esperar » (47).

En una ocasión, Benito, compadecido de una bailarina vieja a la que el público ha silbado, le dice: « Yo soy un hombre refinado y la he aplaudido. El verdadero arte salta por encima de los años » (65).

Basten los ejemplos aducidos para probar que la greguería existe en no pocos de nuestros autores, aunque justo es decir que Gómez de la Serna la ha llevado a la perfección estilística.

III. PRECIOSISMO FORMAL

Dice el Sr. Valbuena Prat (Lit. esp. pág. 749) que la obra de Cossio está « cerca de la poesía pura », pero no da ejemplos. El hecho se explica bien. En cada página del libro, abierta al azar, hallaremos testimonios claros de preciosismo en prosa, es decir, de subida poesía, tan viva como la que salta en las obras de Miró y en las de Valle Inclán.

Cuando el desconocido que invita a pescar a Benito lo lleva hasta su casa y le presenta a sus hijas, nuestro héroe se cree en el paraíso y, embelesado, « no hacía sino saltar de unos ojos a otros, de comprobar cuáles de aquellos hombros tenían un bronce más auténtico, de gozarse viendo como las risas resbalaban por la superficie blanca del mantel. Otras veces eran los labios a través del cristal, o las manos volando para alargar las cosas » (51-52).

Al llegar a casa de don Armando, donde abundaban las cosas orientales, Benito, a pesar suyo, evoca todo un ambiente chino japonés: « Ojos oblicuos... los ojos que le miraban por todas partes eran oblicuos, y las sonrisas ocultaban una traición sobre las superficies negras, brillantes, por las que resbalaban tónicas de colores pálidos en paisajes dorados » (82).

Las imágenes tienen, en ocasiones, un valor plástico original. Benito se despidió de Inés al embarcarse y, cuando despegó el barco, « ; Muchos pañuelos en el aire ! Benito sacó también su pañuelo y recogió en él la sonrisa de Inés » (97).

Los ejemplos se acumulan: « La gran avenida del puerto recibía el sol de plano en sus cristales, y aquellos miradores tenían en sus reflejos la nostalgia de muchas despedidas ».

Ya en pleno mar, en el barco, « las conversaciones parecían tener balanceo llevando la atención a un lado y a otro, con la obstinación de las madres que mueven la cuna ». (101).

Al llegar a tierras exóticas, como realce de un panorama abigarrado y múltiple, se aparece a Benito la ciudad « metiéndose en el paisaje, sumergiéndose sus espumas en verdura, enlazando rosas trepadoras a las columnas y bañado escalinatas de mármol en el mar. Había que soplar al aire, de lo que quemaba, y la blancura de los muros se rompía, a veces, para dar paso a rectángulos azules, que eran seda tendida... Y, de pronto, el mar. Un mar con horizonte muy lejano, inmóvil, terso, anhelante hacia la ciudad, con olas de juguete, que eran leves sonrisas de sal » (127).

He aquí, en suma, un lenguaje semejante al que emplea Juan Ramón Jiménez en « Platero y yo » y que, según la terminología de este poeta, podríamos llamar « poesía en prosa ».

(1) Cf. Denis, Léon, « L'au-delà et la survivance de l'être — Paris, 1915, pág. 30 y sigts. — Erny: Le Psychisme expérimental, pág. 145 — Lodge, Olivier: La survivance humaine (traduction du Dr. Bourbon) Alean, Paris, 1912.



por J. CHICHARRO DE LEON

fortuna inmensa jugando al tresillo en el casino ni echando a la lotería, sino luchando ferozmente, como negrero sin piedad, en la selva tropical. Ese hombre, que parece un negro (83) es el forjador de su propia suerte, un verdadero guerrero. Por eso dice él mismo: « Yo empecé con el café, seguí con los cueros, acabé con el petróleo; Mi ambición juvenil era el oro... América, Asia, Oceanía... En todas partes dejé una huella » (85). « He luchado mucho, he pasado calamidades y peligros, por tres veces he visto la muerte próxima, una tan cerca que todos me dieron por muerto, y hoy mis cicatrices no me sirven de barómetro... Miles de hombres trabajan para mí, y me maravillo de que esto sea porque todo lo creé yo, como un personaje de la Biblia » (86). ¿ No nos imaginamos bien a don Armando con un látigo en la mano y dos pistolas al cinto ?

El representante de don Armando en tierra exótica se llama Florencio. El nombre le viene de perilla al que lo lleva, ya que su fortuna florece en plena selva tropical, gracias a su trabajo diario y a su valor personal, tanto como a su falta de sentimentalismo. Ese nombre tan retumbante y poético, ¿ no sugiere todo un paisaje de selva tropical ?

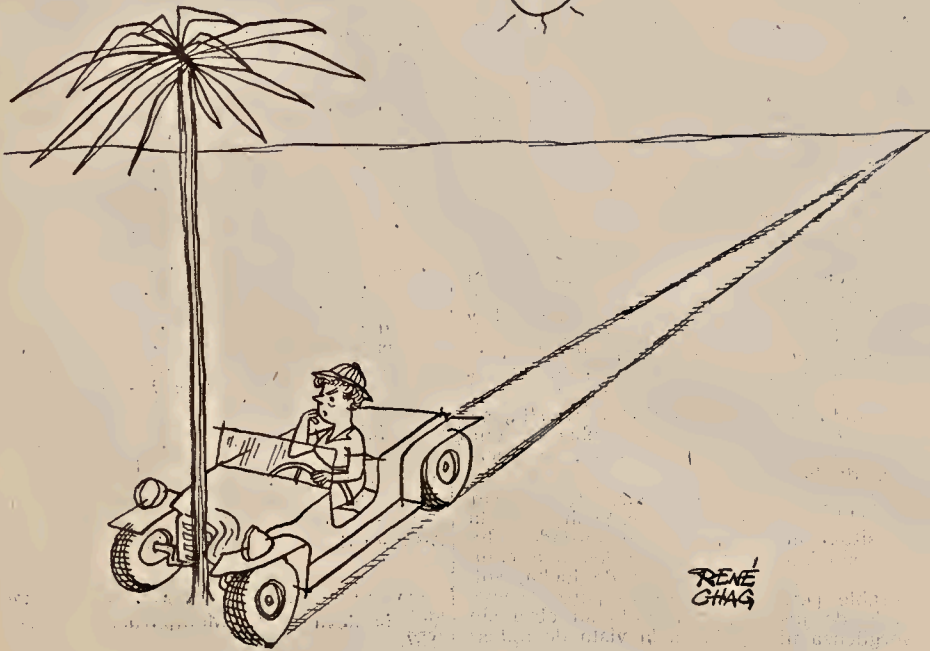
Es personaje en extremo simpático la mulata Soledad, la amada de Benito, que le dará un hijo negro. El nombre de esta mujer respira hábito de predestinación y mala suerte. Pudo venir a Europa y ser feliz al lado de su marido natural. El destino quiso lo contrario y Soledad, que no fué infiel a su nombre, se quedó sola y abandonada entre negros esclavos y blancos explotadores en las cálidas tierras que la vieran nacer.

Los demás personajes, que aparecen un tanto desdibujados, en lenta sucesión de imágenes, con vagos contornos que parecen esfumarse en la sombra, como si hubieran sido trazados con carboncillo y dióxido, no ofrecen particular interés. Pasemos, pues, a otro tema.

II. LAS GREGUERIAS

Hay en la literatura española una especie de epigrama en prosa, tan corto como ingenioso y agudo, que ha quedado vinculado al nombre de Ramón Gómez de la Serna. Cuando Ramón escribe: « Víctor Hugo es hombre nacido para ser estatua », existe en tal dicho no tanto el resultado de una experiencia general como la síntesis de una observación agudísima y original.

La greguería, pese a Ramón, que la populariza y la convierte en algo personal e intransferible, es antigua. En « Taxímetro » aparece repetidas veces y tiene no



RENE CHAG

Mundo es así

por ZENON



ENTENDERSE POR LOS PIES.

— Del imperio inglés en disgregación quedarán algunas adaptaciones de Shakespeare, el whisky escocés y el fútbol, cuyo triunfo es planetario. Se juega bajo el sol de media noche, con luz apagada de eclipse, como se juega en pleno estallido de añil y verdes rabiosos

del Trópico. Juegan al fútbol budistas y musulmanes. En Moscú está el Dinami. El Sevilla huele a azahar. Para el fútbol no hay telón de acero. La bandera franquista ondeó sobre el campo encristalado de hielo del Belgrado comunista. Me decía un inteligente amigo que cuando ve el peruano una chuleta ensangrentada cree que ya ha comido todo. Algo parecido sucede con el fútbol. Pálidos y débiles funcionarios vuelven del Estadio a sus casas convencidos de que han hecho deporte. El fútbol es la verdadera ONU. Ya es curioso que sólo empezemos a entendernos por los pies. — A. de Foxá, « De bromas y de veras », Bilbao (revista), febrero 58.

COMO DERROCHA AMERICA-ESTADO LOS DOLARES AJENOS. — Los ingresos anuales por habitante en los Estados Unidos (promedio) ascienden a unos 1.500 dólares. Pero los ingresos por habitante de un tercio de la población del mundo no llegan a 50 dólares por año, mientras casi dos tercios partes de habitantes del planeta viven con menos de 200 dólares. De 100 dólares ingresados en la economía propia por cada norteamericano, 28 van a parar a manos de los gobernantes exigidos como impuestos. — Fulton J. Sheen « El camino de la felicidad ».

EINSTEIN - SCHWEITZER. — El sabio físico Einstein decía con razón que Albert Schweitzer era el hombre más grande de nuestro siglo. Al servicio de su obra puramente humanitaria en Lamberéné hizo de todo, lo fué todo: médico, ingeniero, albañil, carpintero. Como las guerras no perdonaron su obra, se encontró más de una vez cargado de deudas, teniendo que venir a Europa y dar conferencias para despertar corrientes de ayuda en favor del hospital que regenta. He aquí lo que prescribe a sus clientes de color: No ocupéis para que vuestros gusanos no ataquen a otros enfermos. El doctor blanco necesita mucho silencio cuando caza vuestra enfermedad. Traed con vosotros comida suficiente para todo un día porque algunos tendrán que esperar la visita hasta la puesta del sol. A mitad del mes sólo deben venir enfermos graves porque en ese tiempo escribe el doctor al país de Jos

blancos para pedir medicamentos. — Neón, « El Ciervo ».

MORIR MATANDO EVANGELICAMENTE. — Concédeme, ¡ oh rey de las victorias! el perdón de mi soberbia. Quise ser el más valiente de mi ejército, el español más amante de la patria. Haz que el silbido agudo de los proyectiles alegre mi corazón. — Invocación cuyo texto escribió un combatiente de Ifni, dedicada a su ídolo celestial en espera de que el silbido de los proyectiles le diera la alegría de morir (como murik) matando. — Copiado de las revistas franquistas, febrero 58.

OTRA INVOCACION ATROZ. — Que el soldado aprenda a reír sin jamás olvidarse de llorar (ya que olvida lo que hace llorar). Cuando consiga todo eso, que le quede suficiente humor para conservar siempre seriedad, pero sin tomarse nunca en serio. — General Mc Arthur según « The Young Soldier ».

CORROSIVO. — Sería demasiado buen negocio jactarse de poseer mucho, de tener mucho — años, experiencia, abundancia — y querer encima que se nos dé algo. Ni las gracias hay obligación de darnos. Existe una espléndida crueldad, nativa y vigorosa, en el hecho de ser joven o (verdaderamente) humilde. — J. M. Peñán, « ABC » de Madrid.

VENTAJISTAS. — El recaudador de impuestos de Dallas (Texas) acaba de recibir un envío anónimo de 13 dólares como pago de cuota fiscal impuesta sobre la renta en 1957. La persona que envía el dinero ruega al funcionario que no exija al que paga dar nombre ni detalle ninguno sobre el caso. Pero como se atribuye el empleado condición de escrupuloso, invita públicamente al anónimo deudor por medio de la prensa para que declare su nombre y señas para cancelar el crédito. Contestan a la invitación 2.745 contribuyentes que están en descubierto. — Prensa, 13 febrero 58.

ANECDOTA - PARABOLA. — Permítame, lord Braco, curiosear un momento contemplando esos montones de oro y plata que tiene; permítamelo, por favor o como sea; estoy dispuesto a darle ahora mismo un chelín si me complace. ¿ De acuerdo? ; Bien! Ahí tiene el chelín... Bien, bien... Acabo de ver sus tesoros y desde este momento puedo decirle que soy potentado como usted, pues me es permitido contemplar tanta riqueza cuando contemplarla es lo único que hace usted mismo. — Anécdota escocesa, oída en la estación París-Norte.

CRUELDADE VITAL. — Es cruel todo lo que se dice en la obra de Georges de Terzaghe « Les dieux du jour », sátira feroz contra los profesionales del cine; y sin embargo, la sátira queda todavía por debajo de la realidad. — P. Fresnay, prensa del 26 junio 57.

GREÑAS, DIENTE Y GOMA. — Mucho se nota en la cabeza de Eva moderna (juvenil o no) algo así como un desbarajuste capilar. Por cierto que resulta extraordinariamente divertido, porque da a la greñuda aspecto de medusa carente de jabón y peine para la cabellera enmarañada, aunque el desorden de la revuelta mata de pelo ya sabemos que es unas veces descuido de aseo y otras veces prefabricado. No se tratará de exhibir con simulación un matorral profanado por furioso Adán vampiro en lo más violento de su acometividad sensual, seducido por la Eva de hoy? Probablemente. Eso tiene que ser el desbarajuste que resulta una vez consumada la seducción, cuyo epílogo es el peinado apabullado por el vampiro Adán. En cuanto a los dientes blancos y enterizos de éste, que figuran como una de las primeras sugerencias apreciadas por las Evas más peripuestas, la sugestión no es norma de saludable signo higiénico

co sino que responde al gusto inédito pero altamente caprichoso de ser mordidas fuertemente las mujeres. Fijémonos ahora en tanto paladeo y mandibuleo como exige el chewing-gum, en boga visible hoy. No tardaremos en advertir, por poco familiarizados que estemos con el psicoanálisis experimental de Adler, Federny, Yung que la dinámica facial triturante supone hambre o deficitarias satisfacciones recientes de gula. En algún medio norteamericano, el espectáculo de ver a un rumiante masticando goma equivalente a tener que dar una limosna. Ni Baltasar, ni Lúculo, ni Trimalción hubieran sido capaces de masticar goma. Preferían triturar perdices. — Visto y oído.

GEOGRAFIA EXPANSIVA. — Hallándose en Europa no bolchevizada declara un político polaco: Tenemos completo derecho los polacos a decir que nuestro país puede calificarse como la mayor potencia mundial. Las fronteras están marcadas por el Oder, pero la capital de Polonia es Moscú y una parte de nuestra población está en Siberia. — « 7 Tage », Karlsruhe.

GRACIOSO BEBE ESQUIMAL. — Resulta visible que cuando la llamada civilización se introduce en un pueblo primitivo, le arrebatada evidentes ventajas, sobre todo las de perfecta y envidiable salud. No vamos a exagerar la nota onesta; no vamos a decir que los esquimales, por ejemplo, desconocen enfermedades y padecimientos. Sufren con frecuencia depresiones nerviosas con derivadas crisis histéricas en las mujeres y distintas anomalías cerebrales en los hombres. Además de que las uniones consanguíneas multiplican los más graves casos de epilepsia. Ignoran los esquimales, en cambio, la úlcera estomacal y el asma, pero han recibido el fúnebre regalo de la tuberculosis y la gripe, más peligrosas entre la población esquimal porque carece ésta de remedios y evoluciona a menudo la gripe de cara a afecciones pulmonares con desenlace mortal. Tenían los esquimales dientes perfectos, los más sanos del mundo, pero una vez que conocieron la harina y el azúcar, la degradación dental (carie) es corriente entre ellos. Los bebés esquimales ignoran el raquitismo mientras se alimentan directamente de la fuente vital o sel del pecho de la madre, del que el pequeño esquimal permanece golosamente gloton durante tres años. — Informe Reuter, publicado en « Franc-Tireur », 15 noviembre 57.

PEOR QUE UNA CHARADA. — Tienen los rusos un cohete-proyectil capaz de interceptar y neutralizar nuestro cohete-proyectil; para que nuestros cohetes anticohetes y antiproyectiles puedan interceptar y neutralizar sus cohetes y proyectiles es preciso que estén debidamente protegidos por un cohete anticohete. El lector puede observar que todo esto es claro como good morning. — « Daily Telegraph ».

MUSEO-PICASSO. — Este pintor demuestra un cierto placer retenido disimulando en Cannes los propios instrumentos de trabajo, que llegan a formar un verdadero y curioso museo. Véase: Colección de sombreros anamitas; un tricorneo de guardia civil traído clandestinamente de España; sombreros de cow-boy, obsequio de Gary Cooper; un traje de reciente confección para Picasso, con pantalón rayado de norte a sur como los meridianos y americana con rayas de nivel horizontal como los paralelos; un cirio torcido por la mecha que ardió; un cinturón penitencial; capa de torero y traje de lince; platos y ollas, etc. En distintas jaulas pájaros vivos y otros que están rellenos de paja; máscaras de negros de Indonesia; horribles caretas americanas de caucho; un árbol navideño iluminado; una mesa sobre la que se ve el conocido cacharro de mostaza de Dijon junto a docenas de menudas estatuas en bronce con obras de Cézanne, Van Gogh, Courbet y Corot; otras cajas con

las más bellas pinturas de Picasso, que nadie verá mientras éste viva. Tiene el pintor en periodo de construcción 40 decorados de 3 por 2 metro y medio, destinados al nuevo palacio de la UNESCO. 80 estudios para vidrieras de la basílica de Mézières y muchas estatuas enormes para la más moderna construcción de Nueva York, cuyas paredes son de vidrio. — Prensa de París 9-1-58.

PEDAGOGIA EN VIVO. — Los treinta escolares que cursan materia penal en la Universidad de Oklahoma iniciaron los estudios recientemente introduciendo su curiosidad teórica en las más negras raíces del vicio. Qué sorpresa no experimentarían al ver un buen día que en vez de subir a la tarima el solemne y barbudo profesor ocupaba el sillón una excedida morena de abundante y conquistador perímetro pectoral, que empezó por apartar libracos de la mesa, se desprendió de la piel y del bolso de mano y puso con desenvoltura las manos sobre las caderas ante el concurso escolar, que observaba muy intrigado aquellas maniobras. Se llama ella Dorotea, pero era más celebrada con el nombre de Dodó y su azarosa vida se deslizaba de esquina en esquina. El profesor titular, mister May, adepto de la pedagogía en vivo, había solicitado el concurso de Dodó, que se prestó generosamente a favorecer a los queridos estudiantes. Las lecciones fueron triunfales. No se azaró ella explicando incidentes de su profesión. El original profesor se justifica diciendo que los estudiantes de Medicina operan sobre carne para aprender. Asegura que para el próximo curso utilizará la experiencia de un ratero carterista. — E. Scheider, informador americano en la prensa europea 30-1-58.

PSICOLOGIA DE LAS MULTITUDES. — Las multitudes son como la mayonesa: cuando empiezan a subir no hay que dejarlas caer. — René Barjavel, « Jour de feu ».

LO QUE BASTA. — Insisto en que no me casaré con X. Opino que ya basta y hasta sobra con casarse una sola vez. — Julieta Greco, declaración en Londres, prensa 29-1-58.

SENTENCIA. — Gastamos mucho, hablamos mucho y no hacemos mucho. — Frase oída en una tertulia de españoles.

TIENE LA PALABRA UN JESUITA. — Piensan los hombres que el matrimonio es una verdadera cuerda al cuello y que ahoga. ¿ Por qué se empeñan siempre en buscar cuerdas de recambio? — El jesuita Riquet, prensa del 23-2-58.

COMO SE DESVALORIZA LA PROPIEDAD. — Un agente de compra-venta de inmuebles (bulevar Haussmann) recibe la visita de cierto propietario y le explica éste que la casa que posee en París tiene treinta inquilinos; añade que acaba de recibir una comunicación oficial exigiendo que haga en el inmueble algunas reparaciones, pero que éstas equivalen a los alquileres de treinta años; termina su exposición el casero proponiendo al agente que se quede con la casa regalada. El comerciante no tarda en estudiar el caso y contesta al propietario que no le conviene quedarse con la casa ni siquiera regalada. — Prensa 25-2-58.

BUEN RENDIMIENTO. — Trescientos mil francos rinde cada hectárea por año cultivando menta o espliego. — « Le chasseur français ».

SE MOVILIZAN LOS FANTASMAS. — Buscamos fantasmas distinguidos y auténticos capaces de manifestarse si se les pide y dispuestos a contestar a un interrogatorio enteramente serio. Abstenerse espíritus de choque y profesionales de mesas novedizas. — Radio U.S.A., añadiendo que contestaron 236 fantasmas según copia « Le Journal de Genève », 26-1-58.



SUPLEMENTO LITERARIO DE SOLIDARIDAD OBRERA

Journal autorisé par l'arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros a C.C.P. Paris 1350756, Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe (PARIS X)

TELEFONOS

Red. y Ad. ... BOT. 22-02
Talleres ... PRO. 78-16

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

trimestre	150 francos
semestre	300 francos
año	50 francos

Exterior: 190, 380 y 760 francos respectivamente.



VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA...

Muchos intelectuales, algunos de muy alto prestigio, participan de esta belicosa limitación del mundo. Y entonces se entabla entre unos y otros una pintoresca contienda verbal muy digna de ser analizada como un signo elocuente de los raros tiempos que estamos viviendo. Estos intelectuales tienen y desarrollan una aguzada sensibilidad para percibir los errores, los crímenes, las tonterías y las injusticias que advierten del otro lado de los respectivos meridianos. Y de tanto vivir asomados a las ventanas que dan al otro sector, no oyen, no ven, no sienten, con pareja agudeza, cuanto acontece en el propio.

Si, por ejemplo, los soldados de un sector son los caballeros de la paz, los del otro, naturalmente, son los demonios de la guerra. Si los blancos linchan a un negro cometen un crimen ineficaz, porque, para el caso, no hay negro que no tenga el alma blanca; pero si los blancos fusilan, detrás del otro meridiano, a los blancos de otra ideología, tal crimen no cuenta por la sencilla razón de que aquellos blancos fusilados o ahorcados tenían el alma negra. Si en Occidente persiguen a un oriental, por su ideología, el hecho es condenable, porque revela falta de libertad; pero si en Oriente persiguen por la misma razón de Estado a otros ideólogos heréticos, el hecho está legal y moralmente justificado. Quienes permanecen impasibles ante las demasías que se cometen en su propio sector, se indignan y claman ante las mismas demasías que se cometen en la vereda de enfrente. Un famoso escritor ruso, en viaje de propaganda por otros países, protestó públicamente, en Buenos Aires, porque la policía chilena asumió actitudes muy descorteses hacia él, no teniendo en cuenta que se las había con un novelista laureado nada menos que con el « Premio Stalin ». Mientras tanto, varios novelistas y poetas judíos de mayor importancia eran aniquilados en la patria del escritor ofendido sin que a éste se le moviese un solo pelo de su literaria sensibilidad.

Cuando un país poderoso invade territorio ajeno, estamos en presencia de un acto de piratería imperialista, según unos; en cambio, según otros, ese acto puede calificarse como una maniobra defensiva de la paz...

Voltaire conocía este juego lógico y lo expresaba diciendo que la moral era cuestión muy relativa, pues lo que en un país era inmoral, en otro solía ser perfectamente moral. Los salvajes desnudos no se ruborizan los unos de los otros. Tampoco se ruborizan los civilizados nudistas. Pero no ocurre lo mismo con muchos intelectuales que se avergüenzan tan fácilmente de las costumbres que ellos toleran en su casa, si las observan con sus catalejos de larga distancia en las casas ajenas.

CURANDOSE EN SALUD...

Los médicos de larga experiencia profesional y los teóricos de la salud pública han llegado a la conclusión muy sensata de que la finalidad de la ciencia médica no consiste tanto en curar a los enfermos como en impedir que haya enfermos. Arguyen que la medicina ideal es la preventiva. De tal modo que aquella frase irónica de « curarse en salud » ha perdido su tono malicioso para adquirir otro mucho más serio y lógico. Ahora esa frase socarrona viene a emparentar con esa otra dictada por la prudencia que dice: « al que madruga, dios le ayuda ».

Parece que en el orden de la política internacional, los hombres de Estado que rigen los destinos del mundo adhieren unánimemente a la teoría y a la práctica de la medicina preventiva. El armamentismo actual, la carrera frenética por pertrecharse con los instrumentos bélicos más terroríficos y más abundantes, obedece a la intención de impedir agresiones ajenas. Nadie confiesa que se arma para atacar, todos coinciden en decir que se arman para que no los ataquen. Se acabaron los ejércitos ofensivos, sólo se organizan ejércitos defensivos. Y con el plausible fin de que no haya ninguna nación vulnerable a la tentación de agresores vecinos o lejanos, las grandes potencias productoras de armas ofrecen generosamente sus pertrechos defensi-



ARA mucha gente, el mundo está dividido en dos sectores perfectamente limitados cuyos meridianos ideales pasan por Washington o por Moscú respectivamente. Entre uno y otro polo opuestos de esta geografía ideológica no caben zonas intermedias, matices neutrales, ni siquiera « tierras de nadie ».

Esta esquemática y tajante manera de simplificar la geografía política del mundo tiene las ventajas propias de toda simplificación. Pero también tiene sus inconvenientes. Por de pronto el inconveniente de su irrealidad, característica de toda excesiva abstracción. La realidad es compleja, contradictoria, aparentemente absurda, difícil de someter a esquemas mentales axiomáticos, a verdades absolutas. No obstante esta circunstancia conocida de antiguo, mucha gente se siente muy cómoda y muy satisfecha con la reducción del mundo en dos partes perfectamente diferenciadas, con sus fronteras claramente establecidas. Y acordes con esta división razonan todos los problemas, desde los sociales a los sentimentales, dándoles adecuada solución total por más parcial que ésta les parezca a los escépticos que se niegan a reconocer semejante teoría de los meridianos.

vos a las pequeñas naciones inermes de las regiones « subdesarrolladas ». Claro que esta generosidad hay que pagarla y a muy caro precio. Pero, ¿ quién no saca recursos de su pobreza acrecentándola, si con tal sacrificio se impide una siempre probable agresión de los ocultos enemigos que nunca faltan? Siempre es mejor prevenir que curar. Pero los higienistas suelen dar algunos consejos que no tienen en cuenta los hombres de Estado, sin duda por

la política general, tiende al uso del exiguo taparrabos de los salvajes con absoluto y deliberado desprecio de las complicadas metáforas que lo adornaban. Es como si, de pronto, los caballeros armados de la política hubiesen decidido abandonar el elegante florete por el rústico garrote. En realidad, las reglas de la pedana limitan la libertad de movimientos; en cambio el manejo del garrote otorga a los contendientes mayor soltura, más amplia libertad de

por LUIS DI FILIPPO

falta de experiencia en los misterios de la ciencia médica. Dicen los higienistas que la gente más se enferma por comer mucho que por comer poco. Algunos creen que el arte de curarse en salud consiste en comer como muertos de hambre; y así engordan y se hinchan y el día menos pensado explotan en un síncope que los envía directamente al hospital, cuando no directamente al otro mundo. Los hombres de Estado no advierten que las grandes potencias y las pequeñas que las imitan padecen una tremenda indigestión armamentista. Y como se trata de una indigestión de pólvora, la imagen de la explosión no es audacia retórica de poetas truculentos y terroríficos, sino una posibilidad muy cierta y nada lejana.

Está bien esto de curarse en salud en nombre de la paz, pero conviene no exagerar. Porque la prudente actitud de andar, por las dudas, con una bomba en el bolsillo es mucho más peligrosa que la de andar con los bolsillos vacíos, inermes, por los caminos hostiles del mundo. Las bombas explotan cuando uno menos lo piensa, sin previo aviso, sin pedir permiso a nadie.

EL PUDOR DEL LENGUAJE

Desde el escaso taparrabos del salvaje al más hermético vestido femenino musulmán, el concepto del pudor se gradúa paulatinamente entre estos dos extremos. Hay un complejo problema de psicología personal tanto como de cultura colectiva; algo que se relaciona con el temperamento, con la moda, con el culto, con sentimientos muy hondos y con ficciones muy superficiales.

Con el lenguaje ocurre lo mismo. Existe también un pudor del lenguaje, un lenguaje convencional, a veces muy complicado y muy sutil, destinado a comunicar ideas y sentimientos de manera tal que se puede ofender el ánimo pero no el oído del prójimo. Tal es, por ejemplo, el lenguaje de la diplomacia, de la política, de las relaciones sociales. Aquí no rige aquello de « arrojar la cara importa, no la careta ». Sobre todo en los dominios de la diplomacia, la careta tiene una importancia fundamental. El lenguaje enmascarado es todo un arte. Mejor dicho: era un arte. Porque desde hace unos años el lenguaje de la diplomacia como el de

acción. Y en cuanto a contundencia, no digamos. Parece innecesario agregar que esta libertad de lenguaje la inauguraron los dictadores. Que así son las pintorescas paradojas de la historia. Tanto Hitler como Mussolini y sus maestros los rusos, cultivaban esa libertad, pero no otra... Los insultos más agresivos, las palabras menos perfumadas, hasta los gestos menos urbanos, atravesaban las fronteras en notas, proclamas y audiciones radiales. Desde varios decenios aquella música otrora prohibida, continúa in crescendo; y lo que comenzó siendo alarmante ahora es motivo de general regocijo. Como el uso de los bikinis en las playas.

Los otros días, el canciller británico podió un poco de mesura; se dirigía a los diplomáticos comunistas. Pero ya se sabe cuán formalistas son los ingleses, quizás en virtud de su tradicional educación puritana. No tendrá éxito en sus reclamos el púdicio canciller. Y no se crea que los comunistas son groseros en su lenguaje por natural incapacidad para manejar un idioma enmascarado. Pues cuando se lo proponen son muy capaces de hablar como los mejores diplomáticos empujados de antaño. Lo acaba de poner en evidencia el camarada Krushev en un reportaje que le hiciera un periodista norteamericano. El periodista le formuló una insidiosa pregunta sobre libertad cultural en Rusia, a lo cual el conductor comunista respondió con elegancia: « Aquí no puede haber escuelas antigónicas de pensamiento, ya que la Unión Soviética es una sociedad monolítica ». Nadie podrá negar, ni cegado por su más vehemente sectarismo democrático, que esto de llamar « sociedad monolítica a una dictadura partidaria es una fina expresión de lenguaje culto, de la mejor retórica política, digna del más alambicado y depurado idioma diplomático occidental.

LAS BURLAS DE LA REALIDAD

Los políticos que se consideran realistas tienen su lógica. Pero se engañan tanto como los considerados no realistas cuando suponen que su lógica personal refleja, como máquina fotográfica, la lógica de la realidad. Al final de cuentas, toda interpretación de los hechos, de los acontecimientos, de

la historia, por más que presuma de muy objetiva, es siempre también subjetiva. Es infantil creer que una persona puede formular juicios absolutamente impersonales.

Los conductores marxistas o leninistas o stalinistas — y ahora no sabemos cómo denominarlos — del proletariado, afirman muy enfáticamente que ellos poseen la única fórmula científica para resolver los problemas sociales. El marxismo es una ciencia, no una utopía. No se olvide que, allá en sus tiempos, Federico Engels vapuleó de lo lindo a los pobres utopistas como a gentes que vivían en la luna en materia de ideas sociológicas. Desde entonces, los marxistas se llenan la boca con la palabra ciencia convirtiéndola en un dogma infalible, lo cual es un contradictorio evidente a poco que se le dé su verdadero sentido al espíritu científico. Pero, mientras las cosas se planteaban en el terreno polémico, teórico, la dialéctica científica de los herederos de Marx parecía irrefutable. El espíritu crítico se les había desarrollado tan agudamente, tan pasionalmente también, que, en punto a sutilezas, ni los mejores teólogos de la Edad Media escolástica les mataron el punto. Mas llegó un día en el cual los teóricos científicos llegaron al poder. Llegó un momento en que hubo de cambiar posiciones; fué necesario pasar de la crítica a la práctica, o sea: de la teoría a la política. Y como los esquemas teóricos tradicionales no resultaban muy adecuados a las circunstancias, Lenin le enmendó el soneto a Marx, luego Stalin se lo enmendó a Lenin, y, finalmente, el camarada Nikita se lo está enmendando a todos sus antecesores juntos. Ya no se sabe cual es la verdadera ortodoxia, ni si hay ortodoxia. Las ideas se tornan muy flúidas, muy ocasionales, demasiado tornadizas. Pero esto podría considerarse un drama intelectual de poca monta si no reflejase un drama de mayores alcances que puede desembocar en un lamentable escepticismo general. Por de pronto, los apóstoles del proletariado advierten que sus camaradas trabajadores se irritan con excesiva frecuencia y hasta se sublevan contra sus generosos protectores. En cuanto los resortes terroríficos policiales — que forman parte naturalmente de la ciencia sociológica comunista — se aflojan un poco, corre la sangre por las calles de Hungría, de Polonia, o de cualquier otra parte del imperio. Pero lo más triste del caso es que no corre sangre burguesa o capitalista, pues de esta especie queda poca; corre sangre proletaria. Lo cual permite suponer que la infalible ciencia oficial marxista se ha tornado fallible, y que el invulnerable bloque teórico de la vanguardia del proletariado va quedando un tanto a la retaguardia en razón de su vulnerabilidad.

El episodio huelguista de Lodz, en Polonia, ha sido muy elocuente. En aquella ciudad hubo que aplastar una huelga de tranviarios con mucha energía, apelando a las bombas de gases lacrimógenos y a otros procedimientos de violencia demasiado burgueses para ser admitidos licitamente en una « democracia popular ». Gomulka, el líder proletario, ha dado una declaración muy poco científica con respecto al lamentable episodio; denunció que hubo « agitadores profesionales »; dijo que « la actitud de los órganos de seguridad fué tan tolerante ante los desórdenes creados por los agitadores, que sobrepasó los límites normales bajo cualquier democracia ». Evidentemente, esto de interpretar un problema social como problema de policía y de agitadores profesionales parece un criterio muy poco digno para un doctrinario marxista y, además, jefe de una revolución social auténtica.

ALLA EN EL TIBET...

El Tibet es un país que está a unos 4.500 metros de altura sobre el nivel del mar. Tan escasas noticias tenemos de él que casi nos resulta más una fantasía que una realidad geográfica. Se nos antoja un país que vive en las nubes, en un remoto paisaje de lejanía. Pero de una lejanía de la cual participan el

• Termina en la página siguiente •

PERSONALIDAD Y NUEVA SOCIEDAD

Por eso es imposible, por antitético, configurar esa personalidad mientras el individuo permanece hundido en la masa, sujeto a fetichismo, perdido en el piélago de primarias ansiedades míticas. Es necesario extraer al hombre, manumitirlo propiamente de la masificación que lo despersonaliza, para dotarlo de esa superior condición humana. Todos los sistemas sociales injustos, o los sistemas políticos tiránicos, se han esmerado en crear masas, porque este medio de anulación de la personalidad les permite el éxito en sus demagogias, en crear mitos, fetiches y fanatismos, en apelar al histerismo sectario, aprovechando esa inferiorización del hombre, destituido de todas las condiciones para adquirir otro sentido superior de su propio valor. El hombre de masa no puede actuar por sí solo: está siempre arrimado a quien le ayuda a andar; este sentimiento de su impotencia disminuye considerablemente sus condiciones de discernimiento, y por eso se hace fanático y, con éste, se convierte en cruel e intolerante con todo el que pretende arrebatarse a su lazarillo, por quien siente una perpetua nostalgia, y para reponerlo no vacila en emplear los medios de mayor violencia y perversión.

Sólo ha de prosperar la humanidad cuando el hombre tenga mejor acusada, definida y estructurada su personalidad mediante el proceso cuidadoso de su educación y reivindicación, que, en sí, es una labor emancipadora. Por ese medio llegará a una nueva sociedad mejor organizada, lo que disminuye la característica decisiva que hasta hoy se cree propia de las soluciones económicas postuladas desde cierto punto de vista unilateral, por consiguiente monista, y en el que no ingresa para nada el más remoto concepto sobre la transcendencia del factor de la personalidad.

Pero, la obtención cada día más precisa de esa personalidad, ¿ha de hacer al hombre más ególatra, más individualista y más egocéntrica? Significaría retornar a lo arcaico, porque esa concepción menoscabaría la personalidad de los demás, desequilibrio que el hombre, precisamente, comienza a substituir; la personalidad derivada de una manera de concebirla, le permitirá apreciar valores, crear nuevos en todo lo que le rodea y estimarlos en su verdadero significado; la auténtica per-



En esa búsqueda de la personalidad a través de esas u otras disciplinas, tal vez radique uno de los objetivos de la Ciencia del Hombre; encontrar, reunir, configurar y cultivar los elementos de esa personalidad, es dotar al ser humano de un atributo superior para liberarlo del sometimiento en que fué mantenido a lo largo de las vicisitudes de su historia. Obtener esa personalidad, es como dice Marestán, realizar una auténtica labor humanista. No concebimos la dignificación del hombre si primero esa personalidad no se construye en condiciones que la hagan cada vez más superior.

sonalidad comprende en forma creciente la importancia de los demás hombres y la necesidad de actuar con ellos por medio de un nuevo sentido de solidaridad y altruismo, que son las condiciones indispensables para que, a medida que ellas se ensanchen, se acreciente también la personalidad de cada uno.

El proceso principal estriba en separar al individuo de la masa que le despersonaliza, configurar su personalidad y devolverle, con ese gran atributo, a la sociedad que le recibe dueño de una gran conquista en tan alta cualidad humana: entonces la sociedad pierde el

quiere relieve e ingresa a la comunidad como elemento ponderado; la sociedad, de este modo, abandona para siempre su carácter gregario y alcanza una textura que hoy conocemos como sedicentes y decepcionantes organizaciones de base pseudocientífica.

Dentro de una sociedad de personalidades libres, el «homo faber» hará posible la racionalización del trabajo, desaparecerán las cargas de una labor extenuante e injusta, que parecía una fatalidad sin esperanza; se habrá alejado lo deprimente del «taylorismo» o la precariedad del «stajanovismo».

por

JOSERMO MURILLO VACAREZA

lastre que la impide su desarrollo, o sea que deja de tener masa porque habrá desaparecido el hombre inferiorizado que la formaba, y la Humanidad alcanza una nueva y más elevada categoría.

O sea, que el hombre, al volver a la sociedad, lo hace en condiciones de impulsarla en su progreso, dentro de un conjunto de seres libres, no porque esa libertad derive de falsos postulados políticos, sino de la propia médula de su condición de hombre; el hombre ad-

pero el hombre pondrá a su servicio los constantes perfeccionamientos de la automatización, y el hombre desarrollará una fuerza productora de bienes y una capacidad creadora superiores a las del hombre anónimo de hoy, y de ese modo la Humanidad progresará dentro de nuevas condiciones, ya no artificiales, sino realmente naturales y lógicas.

El inconformismo del hombre con el sistema actual dentro del que se ve obligado a vivir, es precisamente una actitud mental para obtener su personalidad y ser hombre libre; el conformismo revela ausencia de mejores elementos de esa personalidad y acendra el sentimiento de inferioridad, y el hombre se reduce a agitar sus instintos y a satisfacer sus necesidades primarias; pero las necesidades cada vez mayores, acicatean al propio conformista, y una cultura cada vez mayor, es propicia para crecientes ambiciones, que son la perpetua y natural inquietud humana; los inconformes, que son los que poseen una personalidad de relieve más vigoroso, mantienen esa perpetua ambición, y su descontento es precisamente la dinámica que impulsa esa configuración del hombre y la marcha misma de la sociedad; si los conformistas con los seres negativos, los inconformes como seres activos, están en perpetua beligerancia con todo aquello que limita, desfigura o deprime la personalidad.

Por eso es que los regímenes opresivos, al cegar toda ambición y forzar a una tiránica mansedumbre derivada del miedo, mantienen estacionaria a la sociedad humana y son reaccionarios por excelencia; ningún adelanto meramente material deja de ser una grosera simulación si el ser humano es mantenido por fuerza sin personalidad, dislocado y subyugado.

«Habrá que comprender, se ha dicho, que no hay verdadero progreso más que en el hombre, y que su condición primera es el perfeccionamiento del dominio del hombre sobre las cosas». Por ello es que el hombre tiene que seguir buscando el sistema social justo que le permita formar y conquistar su personalidad, y proseguir en perpetuo acrecentamiento; todas las rebeliones son, en último trance y como es ya fácil de comprender, una lucha para lograr esa personalidad; las necesidades de orden material, que parecen ser

las causas más comunes para esas actitudes, no son sino la secuencia de aquella.

Rehacer pues esa personalidad «es un problema de cultura al mismo tiempo que problema social de fundamental importancia»; cuando esa condición humana sea lograda, el mundo habrá cambiado tanto que los sistemas que hoy se nos muestran como los más avanzados, se nos revelarán muy pronto, como ha comenzado ya a sentirse, como arcaicos y anacrónicos, y quedarán substituídos por otros que, partiendo del principio de la dignidad humana, darán a la sociedad estructuras con verdaderos caracteres de justicia; es que todos esos sistemas que nos son conocidos, no habían partido de su base esencial que es el hombre; no sólo se olvidaron de éste sino que lo menospreciaron en su calidad de unidad básica y de verdadero núcleo, y lo subestimaron atribuyéndole la calidad de factor adocenado; por eso construyeron sus armazones con tan grave omisión que esos sistemas se han hecho perecederos y efímeros, desde que todas las cosas tienen importancia y vivencia sólo por el valor y la significación que les da el hombre y no por sí mismas.

Hay que confesar que hasta hoy el hombre no tiene una personalidad debidamente integrada; además de las históricas depresiones que incidieron en menoscabar esa cualidad, en nuestros días se ha acentuado la causa perturbadora con las guerras casi totales de este siglo, con las persecuciones raciales y los genocidios, con el terror y las sevicias, el sadismo de los fanáticos nacionalistas, las enajenaciones mentales de los racistas, el sectarismo tiranizador de regímenes ya conocidos y desahuciados por inhumanos, todo lo que ha marcado sus improntas en el hombre; el aumento de los índices delictivos que se anota en las estadísticas de todos los pueblos de nuestros días, son las derivaciones indiscutibles de esas alteraciones de la personalidad, y que han llegado a lo morboso, porque cualquier deformación de ella causa alteraciones en el sentido social y en el sentido moral, con raíces de neuropatías o de psicopatías; la suma de desastres recientes es la causa que impulsa a esa avalancha de menores de edad que se dibujan con todas las características de la delincuencia, porque todos los medios han confluído para alterar el proceso formativo de su personalidad, mucho más si la escuela y la educación tampoco han considerado fundamental el rehacerla.

El Mundo tiene gravitación porque el hombre lo interpreta; la sociedad se reduce a ser un agregado cualquiera de seres vivos; si el hombre no hace de estos seres auténticos entes superiores para que, en lugar de coexistir impulsados por los instintos, encuentren un modo más elevado y natural de convivencia; el bien supremo pues para el hombre y la humanidad es esa obtención de la personalidad, porque es posible el epicentro de una nueva estructura social, ya que el hombre personalizado estará también, como lo hemos dicho, dignificado y liberado, y vivirá con la inspiración de ideales superiores que se apoyen en la armonización de la personalización de los demás, lo que significará la obtención de elevados conceptos de ética y de normas de equilibrio entre los hombres, sin comparación alguna con los sistemas preconizados hasta hoy como los mejores, y que no fueron sino los medios destructores y del hombre y de esa su cualidad.

Hay que confesar la evidencia de que hacer el edificio de la personalidad humana es una labor compleja, muy dura en algunos lugares e instantes, pero nosotros creemos con vehemencia que ésta es una nueva etapa en la Humanidad y para cuyo acceso ella ha llegado ya a poseer todos los elementos con los que podrá lograr tan preciada conquista, y que habría que consagrar incluso como el Derecho del Hombre a adquirir, mantener y defender esa personalidad.

FIN

Oruro (Bolivia), 1957.

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA...

• Viene de la página anterior •

tiempo y el espacio. Pues no sólo está instalado muy arriba, casi en el techo del mundo, sino que también se ha detenido en la marcha del tiempo varios miles de años atrás. Para poder vivir en tales condiciones, hay que tener una estoica resistencia a toda prueba, una inmutabilidad de montaña, de piedra, de metal, de cualquier cosa inanimada. Claro que ésta es una imagen tan literaria, como irreal, de psicología tibetana. Cuando no comprendemos a nuestro prójimo, nos dedicamos a suponer cualquier cosa buena o mala para dibujar su imagen.

Un buen día, sobre las puertas de aquel país silencioso, casi anónimo, resonaron violentos golpes de la historia como para despertarlo de su milenar letargo. Hasta el techo del mundo llegaron los comunistas chinos en son de conquista, a fuer de amantes de la paz... Junto con las armas modernas, llevaban también sus ideas modernas. Las armas forzaron las puertas del silencio, pero parece que las ideas no tanto. La resistencia espiritual fué más poderosa y firme que la resistencia física. Los chinos lograron una conquista geográfica, pero no pudieron, al parecer, obtener una conquista humana. Los viejos sacerdotes fueron sometidos a la ley del nuevo Estado, pero la otra ley, la religiosa, la moral, la tradicional, siguió

actuando como esas corrientes invisibles que circulan bajo tierra con su rico caudal de agua.

Ahora, los chinos, que no son torpes y han heredado una vieja filosofía espiritualista de la cual no se despojaron del todo ni sus jefes materialistas actuales, han resuelto retirar sus tropas del Tibet. ¿Para qué insistir? Por otra parte, en el Tibet no hay petróleo, ni trigo, ni nada que valga la pena para la codicia de un conquistador, por más idealista que éste se proclame. La hoz y el martillo no tienen allí cereales que segar, ni agro donde golpear.

Pero el fracaso de la penetración ideológica bien puede tener otra explicación. Una explicación científica que corresponde a ciertas teorías propias de los higienistas. Aseguran éstos que, cuando se llega a unos 4.000 metros de altura, el ser humano vive como sumergido en una atmósfera tan enrarecida y purificada, que la fauna microbiana no existe ni puede existir. Allí no hay peligro de contagio; no hacen falta los antibióticos, por lo tanto. Ningún virus prende en los organismos humanos, por lo menos los virus habituales en atmósferas menos elevadas. Hay que creer en la teoría de los higienistas, porque, evidentemente, la epidemia mundial comunista no encontró en el Tibet adecuado caldo de cultivo.

CONSTREÑIMIENTO DE DOS TUMBAS



zan a operar los gérmenes de una transformación, la catacumba surge, como promesa de una nueva aurora. Cuando los cadáveres de los sepulcros se niegan a aceptar su muerte verdadera y se empeñan en trazar la canción matinal que articula la primavera, los hombres que encarnan las nuevas fuerzas históricas, se ven precisados a soterrarse, por cierto lapso, en el seno clandestino de la tierra con el empeño de purificar sus energías espirituales y creadoras. Así fue en la época de los cristianos dentro del imperio romano en descomposición cadavérica, así es hoy en esta América, sepulcro indígena del pasado del mundo, en esta América de las feroces truculencias debeladoras. Lo mismo que el agua que para descargarse se agota y se agota, se agota y se agota, se suma en los filtros subterráneos y, luego, brota en el surtidor iridiscente y cristalino de una fuente purificada.

La América nueva nace bajo el signo de la debelación, porque los cadáveres-andróides oponen, a la ascensión de la vida, la barrera de la tumba. Como todo aquello que viene a descuartar el pasado en lo que tiene de rutina o de escoria atañida y muerta, la nueva historia eclosiona en la primida. La teorización penalista fundamenta la institución de la cárcel en la necesidad de la corrección o expiación del delincuente, pero, en nuestros pueblos, cual más, cual menos, aver u hov, la cárcel ha sido y es el instrumento de la venganza que el pasado toma contra el porvenir. En la tierra de las tumbas en que la muerte todavía impera y florece con el livor fosforescente de los cementerios, la mayor delincuencia es amanecer a la luz de un nuevo día. La sombra no perdona jamás a la claridad porque la desvanece, porque la empuja a los desvanes y la encadena allí para mejor servir a la vida. La cárcel alberga hoy, bajo su techo de dolor y de infancia, el futuro que pugna por surgir victoriosos. Se llamó con Juan Vicente Gómez la Rotunda; se llama en el Perú: el Satipo, infierno de selva y de fuego, el Sexto y el Paróptico, infiernos tenebrosos y sombríos del hamponaje limero; el Frontón, infierno de soledad en el mar con rejas de agua.

Cárcel y catacumba, suplicio y rejas, orgía y muerte, fieras y circo... La semejanza es tentadora como para establecer cierto paralelismo histórico. Pero, la criatura nace entre tejidos desgarrados, hijos de angustia y pañales de sangre. El vagido y la lágrima son, también, la abertura de la sinfonía marinal que comienza a modular sus arpegios.

Epopeya de angustia que es, también, epopeya de crueldad. Goya habría envidiado este filón ingente de motivos macabros, con su clima, con su ambiente, con su vibración, con su temperatura moral, con sus personajes siniestros. No en vano las brigadas de dos sepulcros, erigidas en dos filas de andróides rampantes, a ambos lados de la cuna, montan la guardia del nacimiento...
Lima-Perú.

ENFOQUE DE PERSPECTIVA



trastes de luz en los diversos planos estatuarios, tienen una importancia singular para acentuar y revelar, en su expresión más sutil, las bellezas de su

lenta rompe, igualmente, las tradiciones indígenas en un grado que pocas veces se ha producido en la historia humana. Son dos mundos que luchan, se destruyen y se ignoran con la abismal ignorancia de dos especies de hombres absoluta y radicalmente diferentes. La enemistad o la guerra han sido siempre, en cierto estado de la civilización humana, una relación positiva entre los pueblos. Gracias al comercio de la lucha y de la muerte han podido encontrarse sus puntos de congruencia y encontrar, por consiguiente, una continuidad cultural, ya sea dentro del marco del invasor o ya sea dentro del marco del vencido. Se producía una absorción ambivalente, vale decir, una comprensión mutua y se enriquecían ambos. Pero, en América, esta relación no pudo producirse en los planos culturales o del espíritu, y así tuvo que descender hasta los estratos infrahumanos, que tocaban casi los lindes de la animalidad primitiva para encontrar una zona común de congruencia vital. Esto hecho explícito, sin duda alguna, tanto como la poderosa coersión ambiental del Continente el predominio radical que ejercen las fuerzas telúricas y abismales en la vida americana. Conquistador y vencido tuvieron que descender a los estratos primordiales de la vida para alcanzar un determinado entendimiento, y este entendimiento no pudo ser sino la fusión biológica para una nueva tarea. Por eso, hemos hablado antes de una digestión vital de los siglos para que se produjera el nuevo hombre americano con actual y dinámica vigencia histórica.

Pero, estas tradiciones culturales muertas, que ya no ejercen ni pueden ejercer influjo vital alguno, reviven como escorias espectrales, se revitalizan artificialmente muchas veces, se insertan como oxidación de tumba en aquellas zonas amorfas, paráliticas y valetudinarias del Continente, y acechan la yema joven, obturan la irradiación de la savia nueva.

II

EL SEPULCRO INDIGENA

De los dos sepulcros, el de mayor virulencia es, a no dudarlo, el sepulcro de la antigua América, el sepulcro indígena. Bajo la etiqueta de indigenismo circulan en América las recetas más ponzoñosas que envenenan las fuentes de nuestra vi-

da histórica, de aquella vida actual y profunda del Continente que encierra todos los gérmenes vitales de nuestro desenvolvimiento futuro. Nombre que no responde ya, las más de las veces, a nada sustantivo o creativo y que se ha convertido en una mera notación verbal para confeccionar los sustitutos farmacéuticos de nuestra evasión histórica. Adormecimiento opiático que nos hace creer entre volutas de ensueño que la fuerza, el vigor y la sustantividad creadora del continente de nuestros pueblos, no se encuentra ni puede encontrarse sino entre las escorias del pasado milenar. A este embrujo extravariador y paralizante debemos, en gran medida, la densa y tenebrosa grima de nuestra tragedia actual. Desde la escuela, desde la universidad, desde el libro, desde la tribuna y, aún desde la podredumbre de nuestra política, se infiltra el veneno entre nuestros tejidos. El orin incaico carcome nuestros huesos y no deja sino exhombres de museo, que no pueden tenerse en pie dentro de la borrasca constructiva que se genera en la lucha que se libra contra los cadáveres. No hay despojo sudamericano, especialmente en Bolivia y Ecuador, que no se declare decidido indigenista, y los sectores sociales más reaccionarios que medran en el dolor, en el latrocinio y en el asesinato del indio, son precisamente los que agitan, con bambolla más estridente, la soñaja del indigenismo, úntre el gamonalismo y huaqueros y aún aqueólogos devotos, que prorumpen en trenos doloridos cuando se destruye una ruina, pero que aplauden, callan o atizan la delincuencia, cuando se produce un masacre de indios o cuando se asesina en las cárceles a un hombre significativo. Si el uno, es un crimen contra nuestro pasado, siempre es un crimen menor y menos nefando que el otro, que es un crimen contra el porvenir. No es lo mismo asesinar una criatura que romper un catafalco. Estos necrolátras, conservadores y adoradores de tumbas, son los más terribles y crueles destructores del presente. Follia de nuestros pueblos, que se alimentan digiriendo la madera podrida de los mortuorios, pero que roen y empozoñan, sobre todo, la pompa florida y riente de los vergeles.

Cualquiera que sea la hipótesis hacia la cual nos decidamos: ora que las antiguas culturas americanas murieran prematuramente desgarradas por el choque brutal del conquistador europeo, ora que se encontraran ya dentro de una irremediable pendiente de consunción bizantina y que la colisión con el invasor no hizo sino acelerar el proceso disgregativo, lo cierto es que no pudieron resistir la llegada de los nuevos tiempos históricos, menos aún, asimilarse las formas culturales extrañas, ni absorber espiritualmente, como en el caso de Grecia y Roma, al puñado de aventureros indócitos y montaraces que casi de arribada forzosa desembarcaron en las playas tropicales del Continente. Por nuestra parte, creemos que la vida de una cultura no está librada al acaso, como lo está muchas veces la vida del hombre. Si ella tiene todavía la suficiente fuerza expansiva, si sus gérmenes vitales aún poseen la necesaria elasticidad para continuar su desenvolvimiento, por grande y trágica que sea la catástrofe de una conquista militar, siempre encuentra la manera de seguir viviendo y, algunas veces, de seguir viviendo mejor que antes sobre el plasma nuevo del vencedor y mucho más en el caso de América, en el que no son nutridos ejércitos organizados que la invaden, sino bandas armadas y ávidas que la sotizan sin lucha casi, con su sola presencia física. La captura de Atahualpa en Cajamarca y luego la sumisión atelada de todo el vasto y poderoso imperio es un hecho de por sí significa-

tivo. Las armas de fuego pueden explicar el episodio inmediato, pero no explicarán jamás la destrucción de una cultura con raíces milenarias. En realidad, América cayó vencida por sus propias contradicciones internas; espirituales, morales, religiosas y económicas, que germinaban, como una levadura corrosiva dentro de su existencia total. Las estructuras culturales americanas eran ya rígidas y agotadas cuando llegaron los europeos y el impacto de la Conquista fue el remate acelerante y necesario de un proceso.

Hasta qué punto, la influencia del sepulcro americano nos extravía en la visión y valoración justas de nuestra vida — y esto dentro de una perspectiva de problemas presentes — lo encontramos en el insustancial y superficial sentimentalismo con que enjuiciamos la Conquista. Largo, nuestra entera existencia posterior. Todos los pueblos pueden aprender mu-

mentos de América, que prendido a sus entrañas maternas, al plasma telúrico americano del presente lanza, sin embargo, sus garfios de luz y de vida hacia el porvenir. La América actual no es la América antigua, como no lo es, dentro de una familia, el tataraniote o el chozno con respecto a sus antecesores o abuelos preteritos. El indio antiguo y sus representantes actuales que se han mantenido impermeables y desarticulados de la Nueva América, son tan extraños a nosotros y tan antiamericanos, como cualquier europeo. Son el rezago del pasado que el tiempo se encargará de incorporar a la nueva vida. La América actual es la conjunción del mundo, la conjugación de todos los linajes de la tierra para constituir una nueva progenie, una nueva criatura humana, una nueva casta, como ya lo pensaba nuestro gran Bolívar. El indio antiguo no es sino un factor, el principal si quiere, pero nada más que un factor, uno de los agnados de nuestra gran pro-

nie. Nada más vitando y antivital para América que la nostalgia del sepulcro incaico, del sepulcro azteca o del sepulcro maya. Los nacimientos no se realizan en los cementerios, ni los nuevos epitalamos se consumen en los túmulos. El paisaje de la América viva debe plasmarse en nuevos ojos, no en las retinas vidriadas de los cadáveres. Rompamos de una vez para siempre el complejo de Edipo de la madre india, que nos impide vivir la vida creadoramente, la vida nuestra, la vida que estalla en inéditas y nuevas auroras. Seamos yema o lúmula de sarmiento, y no astilla cadavérica de catafalco.

Una parte considerable de la literatura y arte nuestro, especialmente en los últimos cincuenta años en que medra la moda anti-europea, se inspira en ese falso indigenismo sepulcral, que es una falsificación académica y arqueológica de nuestra actualidad vigente. De allí ese cromolitografismo literario, pictórico y musical que, aun en la transcripción del paisaje terrígeno, no puede ocultar la saudade melancólica del Incaico. Sensiblería humana y sin profundidad emocional humana y saudade evasiva que encuentra antipática y prosaica, la vida contemporánea de América, desgarrada y trágica. Arte y literatura en que el pintoresco asume el primer valor estético y que se convierte en materia de exportación para el turismo internacional, como los huacos, las telas y las reliquias incaicas y preincaicas para los anticuarios, los museos y la arqueología europea y norteamericana. Sólo a través de esta saudade enfermiza se nos ha conocido en Europa y

obra. La realidad y la verdad de una situación, la solución o eliminación de un problema en el orden mental dependen, también, casi exclusivamente, de la cintillación o destello que se proyecte sobre él.

La América nueva, es decir, la América con actual vigencia histórica, surge entre el tremendo constreñimiento de dos hipótesis que la oprimen y descargan sobre ella su abrumadora gravitación. Es el vagido angustiantemente de una criatura entre dos funerales que montan la guardia de su nacimiento. Funeral de la antigua América indígena y funeral de la foránea Europa invasora. Ninguna de las dos puede ser un porvenir y una continuidad, porque cada una de ellas es un acabamiento y una muerte. No creemos que exista tierra alguna en el mundo contemporáneo que se haya abandonado, con tanto rendimiento, al embrujo del sepulcro. El extranjero de sensibilidad aguzada encuentra que el Nuevo Mundo por antonomasia rezume el mofo de las tumbas.

en el resto del mundo. Las publicaciones extranjeras han presentado muestrarios de nuestra poesía y de nuestro arte, como un exotismo pitoresco más, con el mismo espíritu con que el etnólogo León Frobenius ha presentado muestrarios de la literatura y el arte de las antiguas culturas africanas. Los primeros escritores que rompen con este esnobismo indigenista son — que nosotros sepamos — César Vallejo y Alcides Selucín, sin dejar de ser profundamente americanos. Surge, entonces, una auténtica y vigente estética americana, que teniendo ahincadas sus raíces en la tierra, es el primer impulso hacia una valía ecuménica de nuestra vida. Vallejo ha desaparecido con muerte prematura, cuando esperábamos de su madurez obras definitivas. Nunca lamentaremos lo bastante semejante pérdida. La obra de Vallejo cobra particular significación si consideramos que él fue un ejemplar de la raza india, casi o sin ninguna mezcla europea, pero fue un indio que sintió, comprendió y expresó la vigencia contemporánea de su América, la vigencia del indio actual que no espera, que no debe esperar nada de los sepulcros y que se ha incorporado a la vida nueva del Continente, que es un nuevo proceso creativo de la historia.

III

EL SEPULCRO EUROPEO

Si el sepulcro indígena es el más peligroso porque es una vasión que se infiltra en nosotros con el adormecimiento nostálgico del recuerdo, el sepulcro español o europeo ha sido y es el más letal porque arranca nuestra alma de la matriz placentaria de la tierra en que nacimos y nos condena a una esterilidad infecunda. El primero nos desplaza el tiempo histórico, el segundo nos desplaza, además, del contacto tonificante del paisaje vernáculo. Ambos convierten nuestro drama en una comedia de zarzuela y nuestra tragedia en un truculento melodrama. En un ensayo anterior dijimos que América era, en uno de sus estratos más considerables, la putrefacción de Europa al otro lado del mar porque las formas culturales europeas se descomponían al contacto con las fuerzas psíquicas, telúricas, biológicas y espirituales del continente americano. No es necesario repetir aquí las ideas que entonces expresamos. Basta apuntar para nuestro propósito que las formas culturales no son ni temporales, ni a-espaciales, como se imagina mucha gente. Ellas surgen siempre en un lugar y en una época determinados, vale decir, que son el producto de la tierra y del tiempo. Las que hemos denominado energías arquetípicas las conforman, tanto como la iniciativa libre del espíritu. No pueden, pues, trasladarse a un clima extraño sin agostarse y morir luego. Ya hemos mostrado, también, cómo ha ocurrido esto en América en tan vasta escala. El fenómeno de la cultura, que es principalmente intimidad subjetiva, no puede trasladarse, como una máquina o como un fardo, de un punto a otro del planeta, sin desintegrarse. La experiencia de Estados Unidos, de la América del Sur, de la India y del Japón es, a este respecto, definitivamente esclarecedora. Cada pueblo, más tarde o más temprano, tiene que cumplir su tarea propia, tiene que esforzarse por encontrar sus peculiaridades expresiones culturales. Nada ni nadie puede dispensarlo de su faena creadora, ni nadie tampoco puede reemplazarlos o sustituirlos en ella. Pero, no se vava a creer por eso que las culturas de unos pueblos sean vanas y estériles, de un modo absoluto, para los otros. Toda forma cultural al morir o desintegrarse deja gérmenes vitales que se desenvuelven incorporándose al esquema arquetípico de

la tierra en que se depositaron, exactamente como se continúa el padre en el hijo, dentro del perfil arquetípico familiar, sin que deje de ser éste un individuo nuevo y distinto.

Aun la masa objetiva de los conocimientos científicos y la técnica misma están impregnados hondamente de la experiencia peculiar de cada pueblo. No son exportables y transportables en el grado absoluto que cree la inteligencia superficial. La matemática euclidiana, pongamos por caso, es válida para la concepción y el sentimiento griegos de la vida, que son también, los del mundo occidental. Pero, puede haber y hay muchas otras matemáticas que están conformadas por versiones distintas del Universo. Lo mismo ocurre con la física y las demás ciencias. Bertrand Russel ha demostrado, con una lógica irrefutable, la subjetividad de aquellos conocimientos que nos parecen más objetivos y Kant nos enseña que si nuestro conocimiento sólo puede darse con la experiencia, la intuición sensible que lo conforma, que le da su fisonomía particular, es apriorística. No insistiremos más sobre esto que está ya clarificado de modo definitivo.

El sepulcro europeo, como todo sepulcro, nos hace ver nuestro mundo a través de una luz mortecina, a través de una pieza anatómica en una cámara de disección. Esto se hace evidente a primera vista para cualquier sensibilidad que tenga la suficiente finura de percepción. Mientras tanto, en Europa, las formas culturales operantes en la actualidad, son activas, vivas, dinámicas, tienen frescura de aquello que vibra y medra dentro de la entraña maternal en que nació; en América son formas cadavéricas por más que las agite y las sonorice la estridencia esnobista de la moda. A través de ellas, América se deforma, se agosta, se extravía. Algunos movimientos políticos y estéticos son ejemplo incontestable de este aserto.

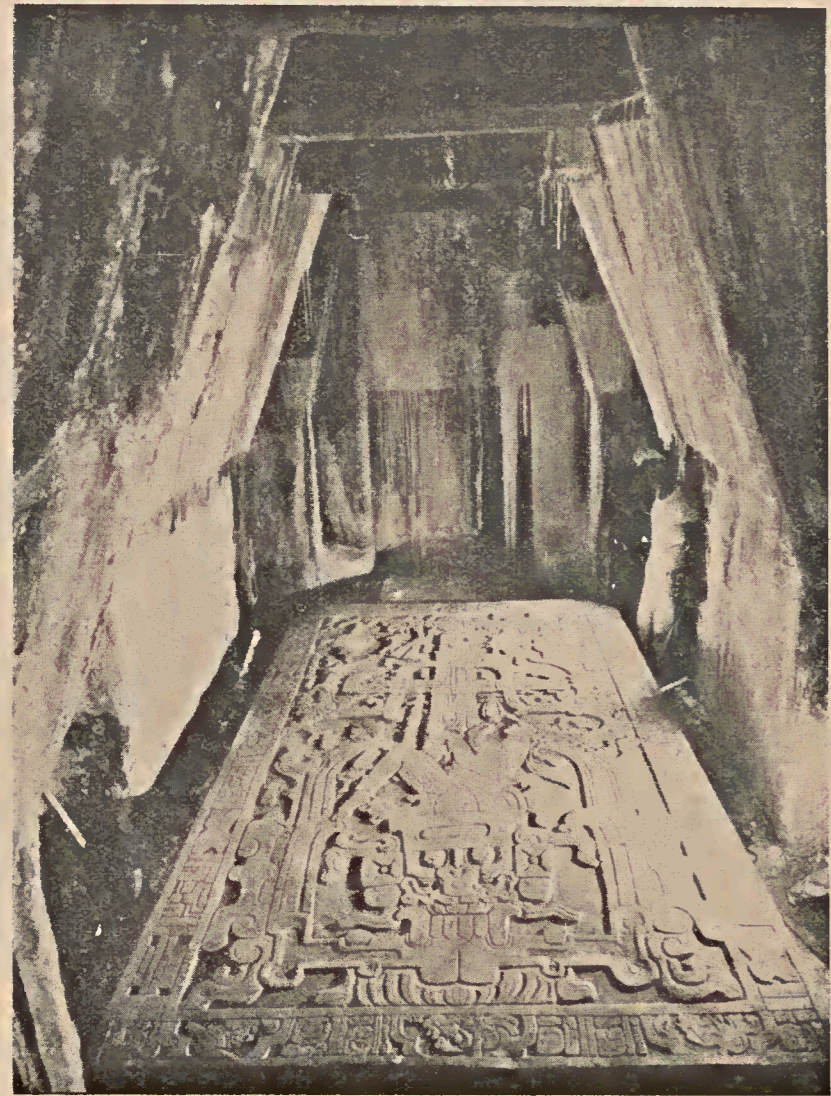
Empero, las formas culturales europeas de ayer son mucho más letales, que las contemporáneas. Queremos insistir, sobre todo, en las del coloniaje español que gravitan sobre nosotros con una pesadumbre mortífera y catastrófica. Gran parte de lo que se entiende por hispanoamericanismo o iberoamericanismo es la rampante evasión de un pasado tumbal. Es un sepulcro que nos deshumaniza hasta un grado inverosímil y que nos convierte en monstruosos cadáveres-andróides. Citemos el caso, bastante demostrativo, del doctor José de la Riva Agüero, quien hablaba por radio doliéndose con angustia por el estropeamiento de algunas reliquias coloniales de Lima, en momentos en que se asesinaba a Manuel Arceval y se desataba una raza feroz contra la juventud apática y que nos convierte en agonizaba en las prisiones. Ante semejante crimen contra el presente y el porvenir, el orador se mantenía frío e insensible, pero se conmovía hasta el frenesí ante la profanación de las ruinas. Es el complejo de Edipo de la madre española, que nuestros sedicentes condes, duques y marqueses del coloniaje cultivan con tan desahogado y mimoso enternecimiento. Esta pluma de mimoso ha escrito de que se haya dado fortuna inmensas por comprar un viejo pergamino de grande de España, pero no se ha dotado una sola Universidad del Perú con libros particulares, como ocurre con harta frecuencia en Estados Unidos. El mofo nostálgico de la colonia rezume tras los baldones republicanos de la levita. No acabaríamos nunca si fuéramos a citar casos concretos de esta deshumanización pavorosa.

Nuestra Historia escrita hasta hoy es una glosa añorante del imperio español. El hallazgo de una real cédula cualquiera sobre un asunto baladí de carácter administrativo, cobra para el eruditismo cadavérico de nuestros historiadores una importancia singular y basta, a veces, para consagrar una celebridad. El anecdótico picaresco del Virreinato sume a nuestros investigadores en delirios que hoy los elevamos a la categoría de Perricholi sin todavía el ligro de horas de mucha gente. Hemos vivido aquí en términos de pasado y sólo, en cierto sector, se comienza a vivir en términos de presente y de porvenir.

IV

LA ECLOSION DEL NACIMIENTO

Un distinguido escritor habló cierta vez de la nueva vigencia de la catacumba tuméfica de las dictaduras contemporáneas. Pero, hablé dictaduras contemporáneas en América, singularmente, de la catacumba en América, despostrada y despojada a la boca de las fieras a los nuevos catecúmenos. Allí donde brota un nacimiento histórico, allí donde comien-



cerse en un hecho de por sí significa-

PROBLEMA DE LIBERTAD



II

RECORDAMOS que hace sólo ciento treinta años, apenas el lapso de existencia de dos personas, que Jefferson falleció en Monticello, el mismo día de la Independencia, año 1826, cuando su viejo amigo y rival político John Adams, fallecido en Braintree cerca de Boston, haciendo honor a una tradición muy antigua, declaraba: « Thomas Jefferson sobrevivirá siempre ».

Estos años han sido testigos de transformaciones tales en la forma de la sociedad americana, que los tiempos de Jefferson, Adams, Washington, Madison y Hamilton, parecen tan remotos como aquellos de Confucio.

Las gentes, en la América del siglo XVIII, tenían una tendencia natural a pasarse la vida agrupadas en una de las dos grandes organizaciones sociales que existían entonces, de donde el prototipo de ciudad de Nueva Inglaterra, cuya posición social se cimentaba combinando la devoción con la posesión de las riquezas mundiales, que al fin y al cabo no era más que la expresión óptima del favor divino.

La tendencia hacia la estratificación social, al menos en los pueblos del Este de Massachusetts, se patentizaba claramente por el hecho de que los estudiantes de Harvard College, tenían clases que trataban únicamente de su rango y posición social en detrimento de sus rituales temas escolásticos. Esto no quiere decir que la literatura no fuese estimada. La población de Nueva Inglaterra era compuesta por gentes estudiosas. Tampoco quiere decir que, políticamente, no fuesen demócratas. Su gobierno descendía a la arena pública cada vez que un ciudadano tenía algo que decir. La sociedad de la que han surgido los Adams era una democracia atemperada por un espíritu aristocrático.

Yendo hacia el Sur, encontramos la sociedad de las plantaciones, de donde habían emergido los George Mason y los Jefferson. En estos lugares el hombre era apreciado con arreglo al número de hectáreas que poseía.

En los distritos territoriales de Virginia, como en la rural Inglaterra, los terratenientes hacían la ley.

Ambos sistemas se encontraban sometidos a la influencia liberal de ese « va y viene », de ese « tira y afloja » que provocaba la existencia permanente y siempre renovada de contingentes de colonos que se establecían acá y acullá, cuya destreza, habilidad y empuje necesarios para hacer frente a la existencia, eran sus cualidades más admiradas, y para quienes, al mismo tiempo, el sufragio universal era su regla política.

Los hombres de energías e iniciativas eran atraídos hacia la frontera. Los instruidos, los estudiosos de esas comunidades heterogéneas rivalizaban haciendo honor al espíritu de aquello que reza « nobleza obliga » como noble reverso de la arrogancia y el egoísmo de las gentes británicas de alta acurnia.

Lo que todos los americanos — ciudadanos, pescadores y marineros de los puertos de Nueva Inglaterra; colonos y mercaderes de los alrededores de Chesapeake; cazadores y peleteros del Ohio — tienen de común, es que todos y cada uno ha comprendido perfectamente el mundo en el cual vivió.

La tecnología es simple. Desde los tiempos de los profetas hebreos hasta la época de la Revolución Americana, los procedimientos básicos por los cuales los hombres sembraban para nutrirse, tejían para vestirse y edificaban para albergarse, han cambiado muy poco.

A partir del Renacimiento el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo ha sido apreciable, pero la producción en sí aún está basada en la habilidad de las manos y en la precisión ocular.

La palabra « manufactura » quiere decir « hecho a mano ».

La familia, en casi todas partes, sigue siendo aún unidad productiva de base, como ha sido unidad básica en lo social.

La manufactura, el comercio, la agricultura, y todas las profesiones en general, descansaban sobre pilares familiares. El trabajo de los aprendices, de los sirvientes, de los esclavos de color en las plantaciones del Sur, se amalgamaba bajo la contextura social formada por un hombre y su esposa, sus hijos e hijas, formando grupo.

Inadmisible destacarse por su experiencia personal de cómo se construyen vehículos de ruedas o bajeles para la na-

vegación, aún comprendiendo el proceso de la agricultura y de la manufactura, el uso de la moneda y la técnica de compra y venta en el mercado. Y lo que es más sorprendente, todos conocen por experiencia personal cómo las diferentes especies humanas trabajaron para formar su sociedad. En suma, todos consideran la panoplia humana como inmutable.

leyendo la correspondencia de los hombres de aquellos tiempos, se destaca el hecho de darnos a conocer que ninguno de ellos abrigaba la menor idea en cuanto a la actitud a adoptar respecto a un programa o esquema político cualquiera.

Un idealista radical, como Jefferson, to-

con vocabularios propios, que se hace difícil verlas y comprenderlas como un conjunto, por cuyos motivos la mayor parte de las gentes ni tan siquiera se molestan en intentarlo. Y, hasta personas de clara y probada inteligencia, ocupadas en diferentes segmentos de nuestra economía, tienden a aislarse, ensimismándose en la labor particular que cotidianamente hacen, sin que se les ocurra nunca tender la vista a lo demás. Recuerdan bien que cada hombre tiene un deber que cumplir, algún tiempo y energías que dedicar al bienestar general, pero desconocen cómo se realiza.

Por este motivo han surgido enormes

por JOHN DOS PASSOS

leraba, tal vez por interés personal (real o imaginario) de la generalidad de sus votantes, o por la vanidad, ambición o placer de quienes ejercían la función o el cargo, tanto cínico conservadurismo como podía poseer el gobernador Morris. La diferencia, en este caso, consistía sólo en que cada cual aplicaba sus conocimientos, teniendo en cuenta las teorías en presencia, sobre qué clase de gobierno podría ejercer una mayor y mejor influencia en la conducta humana. Jefferson pensaba que con instituciones adecuadas el individuo podría progresar indefinidamente. Como su contemporáneo — escocés como él — Adam Smith, confiaba en la labor de ilustración del interés propio de cada ciudadano.

Ambos partidos comprendían al más común de los hombres, tanto y tan bien como el más desesperado de los demagogos actuales, siendo por ello que soportaban les su egoísmo, su ceguera, su timidez, su abominable apatía, su único e intermitente espíritu público. Sin embargo, los hombres de Estado de la primera República utilizaron aquello de la « Ciencia sublime » al servicio de su gran objetivo: la edificación del gran Estado. Aceptando y utilizando a los hombres tal como eran, consiguieron establecer el sistema de equilibrio autogubernamental que hizo posible el exuberante desarrollo de los Estados Unidos.

En los tiempos de Jefferson el ciudadano medio poseía una justa comprensión de la mayor parte de las actividades que se desarrollaban en la sociedad en que vivía.

Los años que nos separan de la época de su fallecimiento han testimoniado la transformación operada en el conjunto industrial por una rápida sucesión de factores tales como la máquina a vapor, la fuerza eléctrica, la máquina de combustión interna, y, ahora, por la propulsión a reacción y por las inmensas e inimaginables posibilidades de fuerza que proliferan en torno a la fisión y fusión nuclear.

Cualquier sistema económico-social que por sí mismo arraigue y adquiera forma, ha de reposar en las diarias ocupaciones de los hombres en tanto que individuos, quienes, a su vez, son partes integrantes de aquél.

Los métodos de producción masiva, de cadena industrial, ha transformado una sociedad que, cimentada en principio por individuos agrupados en familia, lo es hoy por individuos agrupados en fábricas y en grandes establecimientos comerciales, para quienes la vida familiar ha quedado relegada a las horas de ocio.

En nuestro drástico e inestable mundo industrial, las actividades se han dividido tanto y en tantas ramas especializadas

y complicadas instituciones políticas como complemento a las exigencias del contexto industrial. En lugar de las comunidades agrícolas en las cuales Jefferson esperaba fundamentar el autogobierno, tenemos poblaciones concentradas en ciudades y suburbios. En lugar de vivir bajo la menor autoridad posible, la mayor parte de los americanos viven bajo el peso de un cúmulo de soberanías, con frecuencia en conflicto entre ellas.

El hombre que, por ejemplo, trabaja en la General Motors en Detroit, está sometido a las directivas de su corporación y con frecuencia a las del arbitrario gobierno del Sindicato del Automóvil; sometido al orden policiaco estatuido durante el tiempo de su ida y vuelta al trabajo; sometido a las tasas y reglamentos del Estado de Michigan así como a la autoridad, cada vez más extendida, del gobierno federal. Cada una de estas soberanías tienen la virtud de hacerse extremadamente desagradables si se enoja su burocrática voluntad.

Para defenderse de toda esta panoplia de autoridades disciplinarias, el hombre sólo dispone del precario derecho de levantar la mano en la reunión de su Sindicato, de estampar una cruz en el boletín de voto de una elección ocasional para designar el nombre de algún político, de quien es probable sólo haya oído hablar en la confusión y el barullo electoral.

Es sorprendente pues, que el hombre en general, se despegue difícilmente de ese círculo de apatía política en que se ha formado, y de que se proteja el mismo contra la revelación de su propia ignorancia? El primer paso a dar hacia la restauración del sentido de ciudadanía en este hombre sería el explicarle su propia situación tomando como término de referencia los factores observables de su vida diaria. En estas condiciones un nuevo vocabulario político sería necesario antes de que podamos intentar de recomponer la gama de lisonjas personales que permitan amalgamar dentro de un círculo determinado.

Lo que antecede, por supuesto, no significa que las aspiraciones de Thomas Jefferson o de John Adams, de edificar un Estado que conceda el máximo de libertad posible al mayor número de sus ciudadanos, sean anticuadas y en desuso. Su « Ciencia sublime » se basaba en la comprensión de los factores que actúan en la conducta humana, los cuales no han cambiado desde los primeros rasgos descriptivos de la historia.

El principio básico de gravitación de Newton no ha sido invalidado. Ha sido más bien corregido y ampliado por las fórmulas de Einstein. Newton permanece y es, aún, la explicación que sirve a los matemáticos para desentrañar los factores físicos observables.

Aproximadamente de la misma manera, si los hombres aplicaran a los problemas políticos la elevada austeridad de pensamiento que hemos visto aplicar a los físicos de nuestros días, y, si el estudio de la ciencia de edificación del Estado volviese a sus orígenes, las grandes fórmulas de la generación de 1776 las encontraríamos aún valederas.

Si en este país surgiera una generación de jóvenes que sintieran y comprendieran que lo más importante en la vida es la restauración de ese margen de libertad inherente al pueblo de los Estados Unidos, encontrarían en las memorias de los fundadores de la República una plétora de actitudes rectas y de capacidades intelectuales muy necesarias a sus trabajos. Se darían cuenta de que cada palabra hablada o escrita en el arte político entre 1775 y 1881, plantearía un nuevo y apremiante problema.

Aplicando otra vez el vocabulario « libertad » podrían encontrar alguna fórmula que sentara las bases dogmáticas del individualismo directamente en nuestra vida cotidiana, como ya las aplicaron Jefferson y sus amigos en todo momento. Es por de más sabido, que durante los últimos veinte años hemos hecho bastante con sólo hablar de democracia en este país. Tal vez el motivo por el cual la conversación no ha plasmado en una acción fructífera sea la causa de los términos que aplicamos en nuestra vida a medida que la vamos viviendo.

Las ideas de Jefferson son particularmente apreciadas por nosotros debido a que entre los jefes de la Revolución Americana, él dirigía el ala radical que propugnaba el máximo posible de independencia popular. Fué el principal artífice de la tendencia que nos condujo al sufragio universal. En una carta escrita por él días antes de su muerte declinando, a causa de su estado de salud, una invitación para pasar el mismo día « cuarto del mes de julio » — que estaba destinado a ser su último —, con un grupo de admiradores en la ciudad de Washington, hablaba con gozo de la bienaventuranza del autogobierno y del « libre derecho al ilimitado ejercicio de la razón y de la libre opinión », reafirmando en la convicción íntima de toda su vida con característica vehemencia: « La propiamente saber a todo el mundo la verdad intrínseca de que la especie humana no ha nacido ensillada, como tampoco una minoría de favorecidos han nacido embotados y con espuelas prestos a cabalgar sobre la sociedad legítimamente y por la gracia de Dios. »

Una de las magníficas ironías de la historia consiste en que los obtusos partidarios de la dominación burocrática, cuyo dogma les provee de botas y espuelas para montar sobre la especie humana, se justifican ellos mismos utilizando la misma fraseología política con que los hombres de la época de Jefferson creían hacer para siempre imposible la regimentación de la mayoría por la minoría. Desgraciadamente, la práctica de la dictadura demagógica en el Mundo no está tan lejos de nosotros como quisiéramos que lo estuviera.

La ficción redentora de nuestro gobierno burocrático descansa en la rolliza subsistencia de la maquinaria, por cuyas transformaciones la masa popular resulta afectada y conducida hacia no importa qué inimaginable destino.

Todo cuanto necesitamos, pues, es inteligencia y voluntad.



LA POESIA

SOLILOQUIO DEL ALMA ENTRISTECIDA

José María Pemán, pregón lírico del franquismo en la colonial y dictatorial dimensión iberoamericana, visitó, en su residencia de San Juan, Puerto Rico, al esclarecido poeta desterrado Juan Ramón Jiménez. Preguntó el poeta totalitario (dicen que Pemán es poeta) al poeta libre si pensaba escribir más poemas después de haber merecido el Premio Nóbel de Literatura otorgado por la Academia de Estocolmo. Respondióle Juan Ramón diciendo que quería escribir su último poema a la memoria de Zenobia, su compañera de toda la vida y creadora de belleza estética. Pero creía el autor de « Platero y Yo » que no podría hacerlo. Por esta razón escribí estos versos y se los dedico al maestro en la octosilábica expresión poética. Pemán dijo que Juan Ramón se recluye en una alcoba sumida en semioscuridad.



Entre el agua y los colores,
un día de luz solar,
abren sus iris las flores.

Mas no sé cantar.

Fué aquel cielo palio aurino
a la nube que es altar
sobre el sonoro camino.

Mas no sé cantar.

Espuma tiene la arena
sobre el fleco de la mar
cuando el agua está serena.

Mas no sé cantar.

Tiene rumores el huerto
donde nace el hontanar
con verde fronda cubierto.

Mas no sé cantar.

Una luna en alborada
riza la noche en estelar
que con sombras fué formada.

Mas no sé cantar.

Lluvia buena el aire moja
para el labrador arar
la cálida tierra floja.

Mas no sé cantar.

Cantan la fuente y el río
su dulcísimo cantar
aunque sea el aire frío.

Mas no puedo asonantar.

Y toda el alba fué hermosa,
y todo el idilio fué soñar,
y la luz fué mariposa.

Mas no sé cantar.

II

¿ Quién eres, forma de ensueño,
si llevas alta aureola
ceñida al rostro risueño
y ancho lienzo como estola ?

Vienes en la urna del rayo
que arde sobre las esferas
y pone un reflejo gayo
a los mundos sin laderas.

Yo conozco tus cabellos,
y tu cíngulo auroral,
y tus dulces labios bellos,
y tus ojos de cristal.

Oh llene el más casto acento
estos huecos de mis horas
que por mí pasaba el viento
y destruyó mis auroras.

Pues mueve el aire tu boca,
del agua sobre la roca
y el aire es blando sonido
y en feble rumor fundido.

Lírica imagen confusa
ofrendas versos al sol
según los teje la Musa
con concha de caracol.

A NUESTROS LECTORES

Debido al aumento exagerado de las cargas de Administración, ésta se ve en la obligación de aumentar el precio del Suplemento. Así, a partir del mes de abril próximo el precio de venta será de 60 francos y el de suscripción a razón de 180 frs. trimestre.

Esperamos ser comprendidos y favorecidos como hasta ahora. Gracias.

Dime de dónde has llegado
y por qué así resplandeces
junto al camino dorado,
mientras la luz extremece.

Canción soy en el ramaje
cuando balan las ovejas
y sueñan entre el bosque
las frescas ninfas bermejas.

Soy para el huerto frescura,
y el fauno allí regodea,
gozando su calentura
la plácida miel hiblea.

Algo vive y algo muere,
ni aún perduran los ojos
contra la luz que los hiera
e ilumina estos abrojos.

Esta muerte del sinsonte
cuyos fueron los cantares
por el valle y sobre el monte
o entre todos los pinares.

Nada soy si he sido todo,
espacio, amor y sinfonía,
al polvo quité su lodo
y brotó la poesía.

Un poeta me hizo mente
bajo el signo del dolor,
tenía blanca la frente
y blanco todo el color.

Yo y él, con nuestro descanso
a donde estaba el sendero
y aquel sonoro remanso
era el mundo de Platero.

Platero, amigo del niño,
Platero, sabio andariego,
Platero, verso y aliño,
y el aura sobre el espliego.

Mi esteta, el sueño ha sido eso,
alta vision en ocaso
y todo el ocaso preso
a cien mil nubes de raso.

Ella te ha dado a beber
un vino lleno de lumbre,
y tú dijiste mujer,
no puedo subir la cumbre.

III

Mujer, cerré la ventana
para oscurecer la alcoba,
la luz quedó muy lejana
y el aire la sombra roba.

Quise que mi último llanto,
grande y azul como el mar,
fuese elegiaco canto.

Mas no sé cantar.
JESUS PRADO RODRIGUEZ

A LA CONCIENCIA

Por amar la justicia intensamente
y combatir sin tregua la impostura,
mi vida es un calvario de amargura
que corroe mis fibras lentamente.

Bien es verdad que no existe una fuente
donde pueda beberse el agua pura,
ni arroyuelo que no esconda basura
debajo del cristal de su corriente.

Pues si el mundo es así, obra del hombre,
y la justicia brilla por su ausencia,
no hay razón para que yo me asombre

de que al hombre le falte la conciencia,
o que se invoque a Dios y se le nombre
para hacer del estiércol una esencia.

DOMINGO IGLESIAS.



EL ANHELO - LA ESPERA

I

Yo he de ir a buscarte algún día
y tomarte en mis brazos riendo
y llevarte entre besos y arrullos
a un país de flores, al país de un cuento.
Al país de un cuento que escribí una tarde
pensando en tus ojos y en tu boca en flor,
donde no hay palabras, ni cifras, ni signos,
donde sólo hay besos, sonrisa y amor.
Iremos desnudos por entre los lirios
sin miedo al pecado, pues no hay Dios
fallí ;

ni dogmas, ni leyes, ni negros delirios
ni capas siniestras de Guardia civil.
Yo he de ir a buscarte algún día...
; he de ir a buscarte ! ; he de ir !
(Prisión de Lérida, 1946.)

II

Me gustan tus jardines y tus flores,
y el « esprit » de tus mujeres, Francia ;
y me encantan tus prados y tus bosques,
y tu lengua melodiosa, y tu fragancia ;
pero... añoro mi tierra monegrina
con tanto amor, con tanta fiebre y tanta
sed, como ella misma espera
que la fecunde el agua
(Chevannes-Changy, Francia, 1949.)

F. JAVIER LALUEZA.



ACONTECIO EN VERANO

Entre lunas ya marchitas
despuntó el alba, vacilante,
como si intuyese el drama.

Amanecía en Domingo...
En aquel Julio concreto.
¿ Quién podría olvidarlo ?

Rugió el cañón de las Penas,
y luego otro, y otro, y otro,
como un rosario de llantos
y de lutos inminentes.

Gentes de varia estatura
se irguieron frente a otras gentes,
en colosal fratricidio.

Con fondo de adoquinado,
y anónimo sufrir de tiempos,
urdiáanse mundos nuevos.

En urbes y villorios,
locuras premeditadas
quemaron, en vil hoguera,
cerebros y almas imberbes.

Monstruos policromados
surcaban, silbando muertes,
inmensos mares de Cielo.

El sol, transido de angustia,
con lenguas de sangre y polvo,
lamía la piel de toro.

Y la insensatez marcaba,
con hitos de forma humana,
caminos interminables.

Enmudecieron los grillos, y
los pájaros, ¡ pobrecillos !
se tragaron, sin decir pío,
leguas y leguas de trinos.

Y del arroyo las aguas,
otrora tan cristalinas,
llegaban al mar muy turbias.

Ancianos de faz cortada,
pronunciaron, con voz grave,
sentencias inapelables.

Y, entre soles transparentes,
llegó la luna sembrando :
temores, dudas y ensueños.

Héroes los hubo a cientos.
Hombres, de verdad, muy pocos.
Y Angeles no hubo ninguno. Bueno, sí
los que se fueron...

Ed. PONS PRADES.



REPARACION

De la arena del tiempo, removida
quién sabe por qué viento en la memoria,
surgen cúpulas níveas, templos muertos,
murallas espontáneas,
horas que fueron torres : monumentos
que sólo existen hoy porque los ojos
que un día los miraron, existieron.

Legiones implacables,
estrellas como espadas, inauditas
templadas en el frío inmenso y puro,
arados destructores como siglos,
pasaron sobre todo lo creado
— y fué, durante años, en mi alma,
la vida un gran desierto
y el tiempo arena, en vano arrepentida.

Estatuas destronadas, los minutos
rodaban sin rumor por los peldaños
de una blanda escalera, sorda y lenta.
Vacíos de sentido, los deseos
se alzaban sobre el cielo inevitable
como rotas columnas
ansiosas de encontrar sus capiteles.

El tiempo era de arena. Y, en la arena,
las huellas duran lo que el viento quiere.

Pero ; cómo, de pronto, se levantan
—surtidores de mármol— los recuerdos !
¿ Qué alto minarete el de la aurora
desde cuyo balcón descubrí el mundo
y no lo vi mayor que mi conciencia !

Ante ese altar sufrí. Tras esa puerta,
oí pasar ejércitos vencidos.
Y en esta fuente seca está cantando
el corazón de un manantial extinto...

De nuevo en piedra se condensa el polvo.
Prevaleció la vida sobre el tiempo.
Pues de cuanto viví nada fué nunca
tan mío y verdadero
como lo es, ahora, entre playas de arena,
esta blanca ciudad resucitada
porque lo quiso el viento :
el viento que a la vez hiela y abrasa,
el que alumbra y deslumbra al mismo
instante.

el viento de la última justicia,
; el viento del desierto !
JAIME TORRES BODET.

SIMPLICIDAD

Yo conozco el idilio de las rosas
y el célico vergel de los luceros ;
yo sé de la impaciencia de la espera
y del pausado transitar del tiempo.

Yo he cogido en mis manos un minuto
con la intención audaz de hacerlo viejo
y lo fuí dilatando, dilatando
; hasta que abrió un surco en mi recuerdo !

Yo aprendí a caminar entre las sombras
y a contarle mis cuitas al silencio,
y sé de los monótonos desfiles
que la vida emprendió hacia lo eterno.

En los libros de sabios y poetas
encontré mis mejores consejeros...
(; Siempre fueron mis diálogos más vivos
los diálogos que tuve con los muertos !)

Yo conozco el enigma de las luces
y la ciencia ideal de los misterios,
mas... ; yo nunca he podido sospechar
el extraño poder que tiene un beso... !
EL CAUTIVO.

MONUMENTO AL POETA MACHADO

Donativos recibidos para contribuir a la
erección en Collioure de una piedra recor-
datoria del excelente vate Antonio Macha-
do, muerto en exilio : Pedro Quert, de
La Rochelle, 1.000 francos ; José M. López,
500, Antonio Pertuza, 500 (ambos de
Aubiet, Gers) ; J. Ferrer, de París, 500, y
G. B. Palacín, de Miami, Florida, 2 dó-
lares.

En adelante los donantes para el fin in-
dicado pueden dirigirse a M. Jean Jordá,
12, Cours Palmarole, Perpignan (P.O.),
C.C.P. Montpellier 524-27.

LAS «FALLAS» DE VALENCIA, SU ORIGEN Y DESARROLLO



Aunque algunos pretenden que tal costumbre arranca de los tiempos más remotos, siempre con el afán de dar a las cosas viejas cartas de nobleza, las primeras « fallas » que, más o menos, toman la forma actual, remontan a poco más de un siglo, y aun en 1907 no llegaron a 20 las que hubo en toda la ciudad. Sin embargo, su entronque, lo podemos llevar a época más lejana.

En la Edad Media, todos los oficios estaban agrupados separadamente en asociaciones: las « gñildes », « confrerries » y « gremios », estos últimos en España y puestos bajo la protección de un santo diferente cada uno de ellos. Durante el invierno, los días son cortos y, para llenar la jornada de trabajo, los obreros estaban obligados a prolongar su faena más allá de la puesta del sol, abriéndose lo que se llamaban las veladas o velaciones, que duraban hasta la primavera, cuando el sol se pone más tarde.

El gremio de carpinteros, cuyo santo protector era San José, trabajaba durante las veladas colocando entre los bancos del oficio el « parot », que no era otra cosa que un poste de madera alto como de dos metros, con un travesaño en su extremidad superior de cuyos extremos pendían dos candiles, con los que se alumbraban los obreros.

Al llegar el día 19 de marzo, fiesta de su titular, que se adelanta dos días únicamente a la primavera, para celebrar el cese del trabajo nocturno, sacaban a la calle el « parot » con sus candiles, lo plantaban a la puerta del taller, adornándolo con guirnaldas de flores, amontonando alrededor de él virutas, desperdicios de madera y otras materias combustibles, como esteras, trapos viejos y papeles, danzaban y cantaban, mezclando su alboroto con ágapes y bebidas, procediendo finalmente, al toque de medianoche, a quemar lo que simbolizaba para ellos su escavidad invernal.

Con el tiempo, el ingenio popular no se contentó con esta sencilla manifestación, sino que alguien sugeriría la quema en orgie de este o el otro personaje del barrio objeto del chisme y comadreo de las gentes, digno de un auto de fe, espectáculo muy comprensible en un país donde durante tantos años habían ascendido hasta los cielos las hogueras inquisitoriales de la tierra... Y fué el viejo avaro que prestaba su dinero a « retro » (retroventa), o como se decía a « carta de gra-



DIGAMOS ante todo que las « Fallas » valencianas son unas hogueras que afectan formas artísticas, verdaderos monumentos efímeros contruidos con materias inflamables — madera, cartón, papel y telas, a las que hay que añadir escayola y cera para los modelados y la figuración de rostros y manos de los personajes que en ellas se representan — que se erigen en las calles y plazas de Valencia (capital) y otras ciudades y pueblos, tres días antes de la festividad de San José (19 de marzo), y son quemadas a medianoche del referido día.

La palabra « falla » se deriva, probablemente, del latín *favilla*, *ae* que quiere decir chispa, o de *fax*, *ai*, que quiere decir antorcha.

por **PUIG ESPERT**

cia », el personaje en el que se pensó para ridiculizarle y castigarle... ; A la hoguera con él ! Con un traje viejo de cualquier vecino, que lo daba gustoso, se confeccionaba un muñeco de paja (« ninot » en lengua valenciana), se le ataba al « parot », siendo devorado finalmente por las llamas en sainetesco auto de fe. En otras ocasiones, fué el viejo chocho y también rico, que pretendía casarse con una muchacha joven, pero pobre, cuya madre, con avaricia insensata, favorecía los deseos del **matusalem**... ; A la hoguera con ellos !

De esta torma fueron pasando por el « parot », como poste de ejecución, en la noche del 19 de marzo, todos los vicios, corruptelas y pecadillos humanos de la barriada que, poco a poco, iban ganando en complicación ejecutiva, abandonando el tradicional candelabro de madera por una plataforma que pudiese contener mayor número de figuraciones, convirtiéndose a la postre en lo que hoy se admira : « fallas » que son verdaderas obras de arte, ejecutadas por artistas.

Las « fallas » se organizan por comisiones que recogen el dinero suficiente para levantarlas y costear las fiestas — pago de bandas de música que amenizan el espectáculo, y cohetes, tracas y castillos de fuegos artificiales — cuyos presupuestos se elevan a veces a muchos miles de duros. El dinero se recoge semanalmente de todos los vecinos que se comprometen previamente a aportar su cuota según los medios de fortuna de cada uno. Para darse cuenta de la importancia de este festejo, diremos que las fiestas duran una semana, la titulada « semana fallera » ; que el año pasado se « plantaron » una 150 « fallas » sólo en la capital, y que únicamente en pólvora se han quemado más de dos millones de pesetas.

Cada « falla » tiene la explicación de su significado, casi siempre en verso, en un folleto que se vende por la comisión en las proximidades de ellas. Algunos de estos libritos tienen verdadera gracia, cuando se trata de « fallas » de crítica ciudadana. El primer « llibret » (librito), fué el de la falla que se levantó el año 1851, frente al Almudín (alhóndiga), titulada « Falla del Conill » (Falla del Conejo), bastante subida de color, en la que se representaba la pretensión de una muchacha, llamada Visanteta, de casarse con el rico Don Facundo. La tal Visanteta tenía un conejo negro en los brazos. El autor del « llibret » era el entonces célebre poeta en lengua regional Bernat y Baldoví.

Todas las « fallas » tienen su reina de la fiesta, llamada « fallera » y su corte de honor, nombrándose la « Fallera Mayor » entre todas ellas.

El Ayuntamiento nombra un jurado que las visita todas, otorgando a continuación premios en metálico y objetos de arte. Las « fallas » se dividen en tres categorías llamadas « secciones » : sección Especial, y secciones Primera, Segunda y Tercera.

Se organizan corridas de toros, partidos de fútbol y otros festejos, pero lo que no falta nunca es el estampido de los petardos y el ruido ametrallado de las denominadas « tracas », que no son otra cosa que infinita cantidad de petardos encadenados por medio de una mecha enfundada en papel resistente, consiguiendo que no haya solución de continuidad en el estruendo, finalizando con una serie de

truenos más gruesos, distanciados unos de otros algunos segundos, produciendo gran alboroto y griterío entre los « oyentes ».

El pastel o golosina tradicional de estas fiestas es el llamado « bunyol » (bunuelo), hecho con pasta de churro —

« beignet » — frito en aceite de oliva en grandes calderos colocados a la puerta de los bares, tabernas y cafés, con la muestra reglamentaria de un gran árbol de laurel. El « bunyol » se come recién frito, espolvoreado con azúcar o mojado con aguamiel, pero siempre acompañado de aguardiente, indispensable, según dicen los técnicos para ayudar a la digestión de la pesada masa.

Y a la medianoche en punto (en España, los únicos espectáculos que empiezan con puntualidad son : las corridas de toros y las « fallas »), del día de san José, todas las fallas de la ciudad, entre el estampido de petardos y a continuación del trueno mayor de la « traca » disparada al efecto, arde la « falla » que ha estado expuesta durante tres días a la admiración de las gentes, amenizando el espectáculo de llamas la banda de música. El alumbrado se apaga previamente, y sólo son las lenguas de fuego que se reflejan sobre las fachadas y los rostros, la claridad fantasmagórica que luce durante media hora a lo sumo. Luego... un montón de brasas y algunas chispas que el viento esparce.

Al día siguiente, en el lugar donde estaba la « falla », solamente se ve un círculo chamuscado sobre el pavimento, que desaparecerá pronto.

Actualmente las « fallas », generalmente, tienen más sentido artístico que crítico.



« Don Quijote », forja del escultor **Blasco Ferrer**. (Véase relación expositiva en la página 14.)

La escena

« EL BAILE DEL TENIENTE HELT »

Drama en tres actos de Gabriel Arout. - Dirección escénica de Raymond Gérôme. - Decorado de Pierre Delorme. - Intérpretes : Paul Guers, Raymond Gérôme, Marcel-André, Judith Magre, etc.

Los argumentos de este tipo encuentran audiencia predispuesta en los períodos de postguerra. La última mundial trajo a los escenarios varios similares que tuvieron algún éxito, en parte porque la sensibilidad del público se sentía inclinada a comprender situaciones en las que podía haberse encontrado personalmente cada espectador o, por lo menos, algunas personas a las que conocía directamente. El tema estaba extraído de la época que se acababa de vivir y resultaba perfectamente comprensible. El principal obstáculo para el comediógrafo, y el mayor triunfo si conseguía vencerlo, estribaba en la necesaria agudeza del análisis y en la claridad indispensable para exponer el pensamiento de los personajes, debiendo esforzarse en conservar la naturalidad para no chocar la sensibilidad del auditorio.

« El baile del teniente Helt » consiguió tal objetivo cuando se representó hace ya más de un lustro ante el público parisino. Las incidencias de toda suerte en el terreno internacional, con guerritas diminutas y guerrillas ciscas, le conlucieron al argumento cierta actualidad, pero, al mismo tiempo, trata este, en su profundidad, despreciando la parte anecdótica, un tema eterno, que no puede desaparecer más que reduciendo la vida del hombre a una absoluta soledad o sumiéndolo en una organización social que destruya completamente hasta la última partícula de su individualidad.

Un oficial del ejército británico de ocupación en un país del Oriente Medio da una fiesta en su casa. Durante ella se le comunica que al día siguiente debe mandar el piquete de ejecución que acabará con la vida de un terrorista. La tarea le parece tan repugnante que su conciencia se niega a cumplirla pero, su lealtad, su deber de ciudadano inglés, le impiden desertar o rebelarse. En las horas que restan de la noche deberá ingeniarse para armonizar sus escrúpulos individuales con las exigencias de su obligación. Triunfa, si tal cosa puede decirse, pero de forma trágica.

De presentarse semejante coyuntura en la existencia, ninguna mentalidad mejor que la británica está expuesta a soportar el trance. Por eso puede considerarse como un indiscutible acierto del comediógrafo el prestar la nacionalidad inglesa al protagonista. En un determinado momento de la obra el autor hace unos pinitos de sicología de las naciones, como para justificar su decisión, puesto que casi todos los oficiales de otros pueblos reaccionarían de forma más tajante, adoptando la obediencia o la rebeldía, pero no buscando, como el teniente Helt, un terreno intermedio.

La primera parte de la obra es muy hábil e interesante. Desde el principio se presentan frente a frente las dos concepciones de la existencia que pueden comprenderse y justificarse cuando está una de ellas bien afinada en un individuo, pero capaces de crear situaciones angustiosas cuando guardan cierto equilibrio en el espíritu de una persona determinada.

El teniente Norfolk no tiene dificultad alguna. Ha elegido el obedecer, el cumplir una misión en el mecanismo de la sociedad, concretamente en el ejército británico. Sus problemas de tipo personal, de conciencia, desaparecen. Su actuación se guía por las órdenes que recibe. Lo establecido es lo bueno. El, un solo individuo, no quiere poner en tela de juicio lo acordado por generaciones y generaciones. No se pregunta nada. Obedece, cumple, actúa. Es un hombre seguro, terriblemente eficaz. Su derecho a la libertad no lo quiere. Ha hecho uso de él una sola

vez, al elegir el camino que sigue. Acto auténticamente libre sobre el que se funda todo lo que hará más tarde, puesto que al negarse a usar su libertad individual, manifiesta de forma libérrima su repulsa a las posibilidades de ejercitarla posteriormente.

Su compañero, el teniente Helt, que llegó al cuerpo expedicionario repleto de una entusiástica fe en su misión, ha visto vacilar su ideal y siente la comezón de sentir, saber, cotejar las cosas y los hechos. Todo quiere traerlo al plano de la interpretación personal. Al negarse a seguir unos principios determinados acepta el principio de su propia libertad. No le satisface lo que se le dice o lo que se cree, lo estatuido o lo aceptado, sino que necesita él mismo tomar parte en todo ello, como testigo, como litigante y como juez. Quiere garantías, desea conocimientos, busca responsabilidades. Es, en definitiva, la individualidad que se rebela, semi-consciente de su importancia, pero sin estar dispuesta a aceptar un insípido y rutinario papel. Un hombre así puede contribuir al buen funcionamiento del mecanismo social, pero es un peligro constante en potencia para el conjunto. Su deserción inesperada en un momento álgido podría destruir todo lo organizado, pero el teniente Helt respeta demasiado el cuerpo social de que forma parte para hacer nada que pueda destruirlo o debilitarlo. Lo lógico parece el adoptar una actitud ante el dilema y no el intentar conciliar ambos aspectos.

• A la página 14 •



Ludmila Tcherina.

La pantalla

OJEADA (A VUELO DE PAJARO) SOBRE EL CINE ESPAÑOL

Setenta y cinco películas se cifra la importancia cuantitativa de la cinematografía española 1957. No todas con aguante, ni mucho menos. Dos terceras partes de las mismas han ingresado prematuramente en el panteón del olvido, pues en los tiempos que corren, si el éxito es brillante, pero inevitablemente pasajero, el fracaso es castigado sin posibilidad de espera. « La guerra empezó en Cuba », film basado en una pieza teatral del autor Ruiz Iriarte más dispuesto por Mur Oti, parece haber sido llevado a la pantalla para que la pizpireta Emma Penella reviva ante los públicos dos agradables anacronismos : La paloma y Cielito lindo.

ne su corazoncito, y sus entendederas.

« Faustina », que tiene el honor de haber pasado por el Festival de Cannes, le prueba mucho más el clima hispano según su autor, Saenz de Heredia, ha certificado. « Faustina » no derriba primeros premios, pero resiste en el lienzo el paso de los meses.

Más viejas, las películas « Calabuig » y « Calle Mayor » siguen siendo apreciadas.

Cabe registrar una reacción del público español (ávido de popularismos extranjeros, ya que no puede tenerlos nacionales) ante la proyección de René Clair : « Porte des Lilas ». La trama simple y emocional de esa pieza gangsterina es aceptada por su autenticidad, o drama posible. Pero del poeta Brassens se aguardaba algo subido, inconformista, fluyendo de sus canciones, que no son ni aquello ni de las mejores que tiene. No obstante, el público de barriada le concede toda su simpatía por lo que representa y no por lo que vocea. enterado de que un más allá Franco no lo permitiría.

El film de Del Amo que tanto enfadó al duque Wladimir, tiene ya autorización judicial de sombreado pantallas con tal de que lo ruso y lo wladimiresco sea recortado. Absorto o dedicado a la poda (uno no sabe). Del Amo no se decide a exhibir su gran mutilado por los exponentes de la cinematografía. Al español le parece que Wladimir chochea y que el juez que lo asiste en su justicia tartamudea. Del Amo tal vez haya sentido tentaciones de regalar el film a Moscú, no para que lo recorte, sino para que lo amplie.

San Sebastián ha declarado el balance de su Festival de Cine 1957 : medio millón de pesetas perdidas. Actualmente el cabildo medita sobre la innecesidad de redondear el millón de blancas evaporadas, en el verano que se avecina.

Tenemos un « Amanecer en Puerta Oscura » que es un dechado en fotografía pese a la oscuridad de la puerta... y del tema. Vistas claras y amplias de la Andalucía, ora plácida, ora brava. Y no más que esto, que ya es convite.

El propio Del Amo ha introducido en los medios cinematográficos al chaval cantante Joselito con el truco de « Saeta » y « El pequeño ruiseñor », dos humoradas para pasar — otra vez — el rato.

Se espera el estreno de « El hereje » (con permiso de la censura eclesiástica), que firma F. Moro, y de « Los amantes del desierto » trabajada por Montalbán y Carmen Sevilla, la actual protegida de Bardem.

« La venganza », de éste mismo cineasta, animada por Jorge Mistral y la Carmen Sevilla, se revela una obra de arte no siempre penetrada por el gran público. Es fácil que este film perfore el telón de hojalata de los Pirineos.

Un tema interesante : « El



Carmen Sevilla.

inquilino », afrontado por el realizador Antonio Nieves Conde. Ha sido elaborado en la vía pública, a la manera de De Sica, más sin los atrevimientos de éste. Lástima, porque « El inquilino » daba materia para realizar algo realista de primer orden, o revolucionario si hay que decir toda la palabra. Pero Franco aún permanece.

Pablito Calvo parece que no huye de las manos, « valen más dos pájaros volando que uno en manos », según la inversión del aforismo cervantino. La peseta está más alta que la lira, pero como es regateada, el lirismo se impone. Lo decimos por « Un ángel pasó por Brooklin », producción española con pie italiano. El ángel pasó por Roma, y si de veras pasa por Nueva York arriesga quedarse en él, a causa del dólar, tan popular en los medios financieros españoles.

En « ... Y eligió el infierno » (César Ardavin), se trata de endiablarse a los comunistas y de angelizar a sus opositores, todo ello en Alemania (Este y Oeste). Film político de realización vacilante que no le procurará ningún Oscar a su autor, a todo comprender esforzado.

« La guerra de Dios » ha dado motivo a una querrela interpuesta por Fernando Santos Riveiro contra Vicente Escrivá Soriano por si plagio o no plagio. Hace más de dos años que el pleito subsiste, sin que el inez morfológico ni el idem divino consigan dirimirlo.

MARIO DEL COSO





por
GARCIA TELLA

VITORIA, al que hace un par de años hemos visto llegar a París, encasillado en la clásica pintura española actual, pintura tradicional, retardada y prisionera de todos los convencionalismos y banalidades controlados por los críticos y mandamases de los ministerios correspondientes, ídem de las censuras adláteres, expone en este momento un gran conjunto de obras en la Cité Universitaire, obras que son el resultado de la

viene en sus composiciones, contrariamente al abstracto corriente que se ve por esas galerías, en los que los colores son planos y monótonos. La transparencia y la luminosidad es moneda corriente en su obra y el conjunto que el pintor se ha hecho, y que guarda la unidad necesaria, para convencer al espectador de lo que seguirá, difícilmente podrá ser superado.

Vivancos, en la Galería Norval de un esplendor tal que nos ha-

abstracto, y de sus cuadros puede decirse que son la perfección misma, en los que todo juega de una manera armoniosa y mesurada; el color vibra sin estridencias, el dibujo corretea apareciendo y desapareciendo sin hacerse sentir y el tema fascina en un dilema intrigante de interés y posesión. Escudero, continuando la expresión figurativa traída de España, abandona el dramatismo y la sequedad austera de la meseta castellana, se libera del negro y en nostalgia mediterránea, se sitúa como un colorista de primerísima clase. Borrachera de azules, verdes y amarillos, con salpicaduras rojas de vez en cuando; con ocos y tierras distribuidos como al desdén... en fin, con telas de una magnificencia y riqueza,

de un esplendor tal que nos ha-



Saint-Germain-des-Prés.

experiencia adquirida en su estancia en París y de la consiguiente impregnación de un clima, de una atmósfera y de un ambiente de libre albedrío que no sólo puede estimular una continuidad en la producción, sino que también redundará eficazmente en la creación lógicamente sincera, en un período de adaptación.

Vitoria ha digerido completamente la llamada Escuela de París, que digan lo que digan los « americanistas » de la calle de Leganitos, se sostiene más fuerte y más potente que nunca, y su incorporación a la misma es un acierto completo y casi definitivo, y digo casi, porque con la afirmación de esta primera exposición, Vitoria en la continuación de su trabajo va a consolidar un puesto al que tiene derecho y una firma con la que habrá que contar. Sus telas son de un abstracto singularmente personal y sugerente, con el acierto de integrar el blanco como color y no como fondo. De esto resulta que, la luz inter-

y fomento parte de un grupo de ingenuos o primitivos, ha expuesto una serie de telas de corte miniaturesco y policromado, continuando y afianzando su posición en la escuela de los catalogados « naifs » de los que forman parte como vedettes, Blanchard, le Persan y algún otro y entre los que cabe contar a Vivancos, que si bien puede ser clasificado en la misma línea, guarda una independencia de estilo que se distingue por la minucia del detalle, la viveza del color y la apariencia de realidad simplista, sin argucias de perspectivas de fantasía, ni falsos infantilismos.

Solange Torre, ha abierto en París una sucursal de su galería de Vichy. En el « vernissage » de la misma, en Montmartre, hemos apercibido varias telas de Coll, de Escudero y esculturas de M.T. Pinto. De Coll, podemos decir que quizás ha encontrado ese famoso compromiso que se busca entre el figurativo y el

ce vaticinar sin vacilación el rápido lanzamiento de este artista por un « marchand » avisado; M.T. Pinto, de la que sólo « quedaba » una pequeña tierra cocida, casi un boceto de su « Ogresca » de dos metros, se encuentra en posesión de todos sus medios y su escultura de una plasticidad suave, casi felina, es acariciante y a la par misteriosa y recogida.

Daufin, amigo y colaborador del « Suplemento », sigue viento en auge, haciendo honor a nuestros augurios. Instalado en el taller de Daumier, antes de Corot, Daufin en su reciente exposición de Suillerot, no hace más que confirmar la promesa de su primera del año pasado. Más seguro ahora, sus marinas, sus aves de corral, sus pájaros, sus paisajes, son una nota aguda en lo que lo impreciso se concreta y lo neto se insinúa. Daufin sigue una línea bien definida y su suerte no nos inquieta. El arranque es bueno y la continuación no lo será menos.

EL BAILE DEL TENIENTE HELT

● Viene de la página anterior ●

No mandará el pelotón de ejecución pero tampoco desertará de su deber. Tiene que conseguir, antes de que llegue el momento fatal para el terrorista, el no estar en condiciones de cumplir la misión que se le ha encomendado, pero sin que trascienda que su voluntad ha intervenido. Lo consigue haciéndose matar antes de que alborce. El asesinato inducido, el suicidio encubierto, no se presentan en la obra como justificación o equivalente de algo, sino como manera de salvar los distintos valores que el interfecto pretende preservar. En la obra se dice, y otros muchos lo han dicho, que la muerte de uno puede influir o no en las vidas de los demás hombres, pero intrínsecamente, no es una solución más que para aquel que la recibe o soporta.

Cuando el hombre que acaba de disparar se entera de las intenciones del teniente Helt, que desea morir para sustraerse al cumplimiento de la penosa orden, lo califica de desertor. Bien mirado, independientemente de la tranquilidad espiritual y vanagloria de que pueda gozar la víctima en sus últimos momentos, su acto resulta una auténtica escapatoria de la realidad. El suicidio parece más digno. En él no se darían pruebas de habilidad e inteligencia, pero la actitud tendría una claridad que no existe en la provocación al asesinato. Además, en el suicidio, acto esencialmente negativo por su índole y consecuencias, existe también una parte positiva, la inicial, que obliga al interesado a actuar. El suicidio exige una acción entrañablemente unida a la propia existencia de quien lo ejecuta y sufre, mientras el hacerse asesinar puede considerarse como un signo de debilidad, al incitar a otro para que ejecute una acción desagradable.

En el caso del teniente Helt, como en casi todas las personas consideradas como individualistas, la percepción de la propia individualidad va acompañada de multitud de elucubraciones y tanteos cerebrales, y a menudo contradictorios, que son, en definitiva, un obstáculo para la acción. El hombre que obedece puede actuar con mayor facilidad, y cuando la falta de sensibilidad personal es tan absoluta como en el teniente Norfolk, la orden y su ejecución son casi simultáneas. El hombre de acción no puede tener la sutileza del intelectual, y éste podrá fácilmente provocar ciertos actos en la medida en que no sean contrarios a las ideas fijadas una vez para siempre en la mente de aquel. Hay que subrayar que el intelectual, al provocar la acción ajena, huye automáticamente del acto personal. Su individualismo se idealiza y pierde con ello humanidad, hombría. En su afán de valorizar los conceptos se desvaloriza a sí mismo, pues a eso equivale la decisión del teniente Helt al poner por delante los « reglamentos » de un ejército que su propia existencia. Al aceptar sin lucha la propia muerte, más aún, al provocarla, queda más patente la falta de respeto que se debe a sí mismo que la alta estima en que pueda situar a su dignidad. Se podrá dar la vida por la dignidad, pero la dignidad no puede basarse en la falta de energía para oponerse a la injusticia o en la de arrestos para oponerse a lo convencional.

Añadamos que la obra resulta muy sugestiva intelectualmente pero que en su desarrollo tiene algunos atascos de los que sale trabajosamente para enhebrar de nuevo el hilo de la narración, y reconozcamos, en fin, la dificultad de armonizar la parte anecdótica con la generalización a que se prestan las ideas.

La escenificación no ha tenido grandes dificultades y Raymond Gérôme la ha realizado de forma que pudiéramos decir clási-

ca, sin permitirse fantasía alguna.

La interpretación es discreta, sin que nos enternezca la « ingenua » Catherine Anouil, ni nos subyugue la « vampiresa » Judith Magre, ni nos infunda un gran respeto el « coronel » Marcel-André, ni nos intrigue la sabiduría de « Hassen-Bey », Pierre Marteville. Todos en fin, sobrios, apagados, como si se diesen cuenta de que su misión es el pasar desapercibidos para que toda la atención se concentre en el enjundioso texto de la obra. Los dos tenientes, Paul Guers y Raymond Gérôme, no escapan tampoco a la humilde misión.

FRANCISCO FRAK



GALERIA J. LE CHAPLIN

ESCULTURAS Y DIBUJOS DE E. BLASCO FERRER

● Véase ilustración en pág. 12 ●

SALON recogido en calle archiparisina. Un español artista en ella: Blasco. Público, mucho. De desear que compre.

Porque Blasco tiene forja pura y trazo exacto. Sus hierros retorcidos y ennoblecidos hablan incluso por sus vacíos. Sus dibujos, sobrios, definidos, sorprenden.

De lo escultural « Bailarina », grácil y movimentada; « Maternidad », una madre con el todo que es su hijo; « Niño abandonado », desazonado y triste; « Trovador » canta, más que el amor, la ironía; « Caballo » retoza como salido al prado y fugado de la cuadra; « Cabeza de Cristo », alma torturada vista en la angustia y el amor de un rostro; « Arlesiana », página de tipismo profundo arrancado a las vecindades de la Camarga; « Campesina » aguarda un amor en la soledad de la tierra; « Toro de combate » muge y embiste, y lo veo en sangre, músculos y en impulso agresivo; « Niño de la tórtola » plenamente abstraído en la contemplación de su ave; « El canto del gallo » despierta el sentimiento del arte en el visitador que lo tenga dormido; « Juana de Arco » arde en la fe y en las llamas; « Cabeza de mujer » es una síntesis de tristeza pura, sin sombra de desespero; « Fauno » malicioso, socarrón como merece serlo; « La mujer de la vela », discreta, silenciosa, como andando de puntillas para no despertar al niño dormido; « Guitarrista ciego » impresionante, viendo nada más que a través de su sentimiento confiado a la caja sonora; « Retrato de hombre » muy bueno, con modelo previsto que debe de ser exacto; y el « Don Quijote », faz iluminada por la locura sublime de un redentor imaginario que debería ser positivo. La mejor pieza del saloncito, con ser las otras buenas. El contorno de cada figura, formal y preciso.

Doce cabezas de mujer y tres hombres, en dibujo muy estilizado. No sabía esta virtud de Blasco. Raya que no vacila y expresión conseguida.

Como esas caras arrebatadas al hierro vil, tan humanas, tan profundas, angustiadas o pensativas.

Ver arte del español Blasco, es un placer que recomendamos a nuestros amigos, a los franceses, y a los compatriotas del expone, que de él pueden estar orgullosos.

RICHARD SMALLISH.



En la documentación facilitada por la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, se citan los países en los que en 1957 se ha registrado mayor aumento en los precios de los artículos de primera necesidad. En primer lugar se hace mención de España.



Sin haberse resuelto la complicación de los visados y los pasaportes para viajar por la Tierra, el asunto arriesga agravarse considerablemente con la próxima inauguración de los viajes lunares.



« La pintura y la escultura son artes para los sordos, como la música es arte para los ciegos. »

Pero hay sordos y ciegos para todas las artes, pese a tener los sentidos auditivo y visual en buen estado.



Hay maniáticos que se enteran de que tienen corazón cuando pasan por primera vez ante un instituto de cardiología.



Mauricio Chevalier se despidió del público en 1952 en el Empire de París, en 1954 en los Campos Elíseos, en 1956 en el Alhambra, también de París.

Y sigue despidiéndose. En fin de cuentas, si a uno no lo echan, ¿por qué diablos irse ?



Buddy Cole y su esposa Clara se divorciaron, y media hora después volvían a estar casados. Explicación suya : « Nuestro primer matrimonio fué un desastre. Vamos a ver el segundo ».



Un diario alemán publicó este anuncio : « Lo que toda joven debe saber antes de casarse. Intimidades inevitables. Textos interesantes con muchas ilustraciones. Discreción asegurada. Usted recibirá el libro contra envío de 25 marcos. » El libro era de cocina.



« Charlot », llegado a un hotel de París, advirtió al « maitre » querer pasar desapercibido por tres razones : primera, por horrorizarle los periodistas ; segunda, por horrorizarle los periodistas ; tercera, por horrorizarle los periodistas. Habiendo entendido mal, el « maitre » avisó a los periodistas.

CLASICOS CASTELLANOS

(A 375 francos el volumen)
Santa Teresa. — Las moradas. Prólogo y notas de Navarro Tomás.
Tirso de Molina. — El vergonzoso en Palacio y El burlador de Sevilla. Prólogo y notas de Américo de Castro.
Garcilaso. — Obras. Prólogo y notas de Tomás Navarro.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo III. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Quevedo. — Vida del Buscón. Prólogo y notas de Américo de Castro.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo II. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Torres Villarroel. — Vida. Prólogo y notas de Federico Onís.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo I. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Duque de Rivas. — Romanes. Tomo I. Prólogo y notas de Cipriano Rivas Cherif.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo IV. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Beato Juan de Avila. — Epistolario espiritual. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.
Duque de Rivas. — Romanes. Tomo II. Prólogo y notas de Rivas Cherif.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo V. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Arcipreste de Hita. — Libro del buen amor. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Guillén de Castro. — Las mocedades del Cid. Prólogo y notas de Víctor Said Armesto.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo VI. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Arcipreste de Hita. — Libro del buen amor. Tomo III y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Marqués de Santillana. — Canciones y decires. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo VII. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Fernando de Rojas. — La Celestina. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Villegas. — Eróticas y amatorias. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.
Cervantes. — Don Quijote de la Mancha. Tomo VIII y último. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Fernando de Rojas. — La Celestina. Tomo II y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Anónimo. — Poema del Mio Cid. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.
Anónimo. — Vida del Lazarillo de Tormes. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Fernando de Herrera. — Poesías. Prólogo y notas de V. García Diego.
Cervantes. — Novelas ejemplares. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Fray Luis de León. — De los nombres de Cristo. Tomo I. Prólogo y notas de Federico Onís.
Guevara. — Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.
Nieremberg. — Epistolario. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.
Quevedo. — Los sueños. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Moreto. — El lindo Don Diego y El desdén con el desdén. Prólogo y notas de Alonso Cortés.
Fray Luis de León. — De los nombres de Cristo. Tomo II. Prólogo y notas de Federico Onís.
Quevedo. — Los sueños. Tomo II. Prólogo y notas de Julio Cejador.
Rojas. — Del rev abajo ninguno y Entre bobos anda el juego. Prólogo y notas de Ruiz Morcuendo.
Cervantes. — Novelas ejemplares. Tomo II. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Ruiz de Alarcón. — La verdad sospechosa y Las paredes oyen. Prólogo y notas de Alfonso Reyes.

Luis Vélez de Guevara. — El diablo cojuelo. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.
Lope de Vega. — El remedio en la desdicha y El mejor alcalde el rey. Prólogo y notas de J. Gómez O.
Campoamor. — Poesías. Prólogo y notas de Cipriano Rivas Cherif.
Fray Luis de León. — De los nombres de Cristo. Tomo III y último. Prólogo y notas de F. de Onís.
Castillo Solorzano. — La Garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.
Espinel. — Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y G.
Berceo. — Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalinda.
Larra. — Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.
Saavedra Fajardo. — República literaria. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.
Espronceda. — Poesías y El estudiante de Salamanca. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.
Feijóo. — Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.
Fernando del Pulgar. — Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordonada.
Espronceda. — El diablo mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.
Espinés. — Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gava.
Larra. — Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.
Feijóo. — Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.
Moncada. — Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.
Giros y pedidos : Roue Llop. 24, rue Ste-Marthe, París (X). C.C.P. 1350756 París.

«ABC» pide, en sorna, que se erija en Madrid un auditorium donde se pueda escuchar conciertos sin obligación de ser millonario.

« Requiem por una mujer » de Faulkner, obra teatralizada por Camús, prosigue, ya centenaria, en el cartel del Teatro Español madrileño.

Falleció en Madrid el profesor de Historia, Aurelio Viñas, adjunto del Instituto Hispánico de la Sorbona.

El diario « Amanecer » de Zaragoza criticó despiadadamente la película « Saeta », y el realizador de ésta, Antonio del Amo, escribió una carta al crítico, que éste ha denunciado al juzgado por estimarla injuriosa. « Herald de Aragón » y « El Noticiero Universal » hacen causa común con « Amanecer ».

Ramón Menéndez Pidal disertó en Barcelona sobre « El silencio de los siglos respecto a la Chanson de Roland ».

Empotrado en el siglo IX, el conferenciante declaró carecer de interés por los satélites artificiales que contornean la Tierra.

El productor cinematográfico Todd, ha estudiado en España las posibilidades de filmar un « Don Quijote » de gran envergadura.

En un salón del Círculo de Bellas Artes de Madrid estuvo instalado hasta hace poco una maqueta representando cincuenta kilómetros de paisaje ferroviario. Por ella circulaban veinte trenes en miniatura sin el menor tropiezo ni accidente. Empalmaba el sistema con puertos marítimos y aviacionistas, dotados también de unidades en miniatura.

Literatura de baratillo. Un desocupado de Munera escribió una obra versificada : « Un tenorio de a peseta », la cual han vendido a 1,65 pts. la línea, ganando un total de 100 duros por 300 versos.

El 6 de diciembre del presente año se cumplirán tres siglos del fallecimiento del escritor aragonés Baltasar Gracián.

La Editorial Selecta ha editado un libro de Sebastián Gasch titulado : « Barcelona de nit », ojeada a la vida teatral, circense y cafeteril de los años 1930 al 1936.



Marzo : La destrucción del invierno.



EL VIOLINISTA QUE NACIO en un campo de concentración

A LOS 17 ANOS VICTOR MARTIN SE INTERNACIONALIZA

— Me llamo Víctor Martín Jiménez. Pero soy « Vitín » para mis amigos, ¡ sí, sí ! Tengo 17 años y 13 de andar con un violín en las manos. Gané el premio extraordinario « Sarasate » en 1956, justamente el 14 de noviembre. Ahora, estudio en el Conservatorio de Ginebra, gracias a una beca que me ha dado el gobierno suizo.

— ¿ Dónde naciste ?

— Víctor Martín titubea, mira de soslayo, quiere explicar algo, demora la respuesta. Luego, se arriesga :

— Nací en Argelès-sur-Mer, un campo de concentración. Allí vivieron mis padres hasta cuando yo cumplí 5 años. Entonces, llegué a Madrid. Soy español, sí, sí.

— ¿ Desde cuando te estableciste en Madrid estudias música ?

— Pues... Como estudiar, he estudiado, sí, sí. Pero me cogió la peritonitis a los 11 años. De los 11 a los 13 fui víctima de esa enfermedad. Todavía al presentar el examen de mi quinto año de violín llevaba « un tubo en la tripa ».

— Relata tu vida, con un poco de orden cronológico.

— Bueno... Mi padre, a quien tanto debo por sus esfuerzos en mi favor, ha sido y es músico. Actualmente toca la viola en la Orquesta Nacional de España. Yo heredé su sentido musical. Mi primer deseo, cuando aún vivíamos en Argelès-sur-Mer fué comprar un violín. Mi padre no quería que yo fuese músico. Pero cuando cumplí siete años se convenció... vamos, se convenció de que podría valer algo con un violín en las manos. A los 9 años di mi primer concierto en Madrid, un concierto de Vivaldi. Después « hice la radio ».

— Y...

— En una ocasión no logramos ponernos de acuerdo la orquesta y yo. Desesperado por este contratiempo, interrumpí mi interpretación y dije al director, con los micrófonos abiertos : « Vamos, maestro, que nos hemos equivocado... » A la salida me puso verde... Se calculaba una radioaudiencia de varios centenares de miles.

— Víctor Martín se rasca la cabeza a la redonda, haciendo círculos con los dedos de la mano derecha. Tiene cabello negro, grandes cejas y, como se habrán dado cuenta los lectores, utiliza un estribillo monosilábico al rematar las frases : « Sí, sí ».

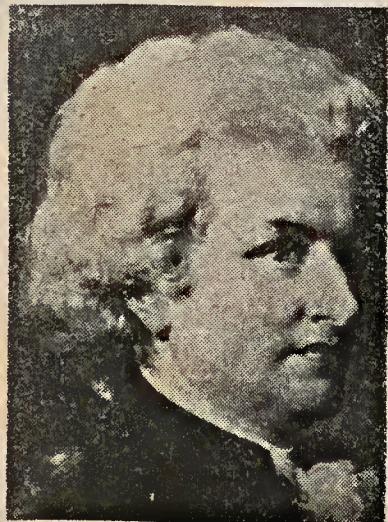
— Otra vez — agrega — se hizo un concurso entre violinistas. Se necesitaban 50 puntos para ganar el premio de 5.000 pesetas. Yo logré el máximo puntaje entre todos los participantes : 49 puntos. Me dieron 3.000 pesetas y un beso de « la Maite Pardo ».

— ¿ La « Maite Pardo » ?

— Sí, sí... Una famosa que canta y « hace cine ».

— ¿ Nunca te han descalificado en un examen ?

— Como que sí. En historia de la música me formularon 5 preguntas. Había acertado las cuatro primeras y me dije : « Estos tíos me van a hacer solfa con la quinta, van a preguntarme algo a mane-



Mozart, excelso y prolifero.



Las notas iniciales correspondían a los primeros compases de la « Sinfonía Española » de Laló. El violinista vestía pantalones de vaquero norteamericano, « sweater » de alpinista suizo y saco gris. Pálido y quieto, cerraba los ojos mientras el arco cumplía sus órdenes sobre las cuerdas. Terminada la interpretación, le formulo algunas preguntas. He aquí la consecuencia de tales preguntas :

L ruido, en los cambia-vías ferroviarios, no es recomendable para personas carentes de la sordera profesional que ampara a los maquinistas. Menos, aún, para los músicos. Sin embargo, entre pitazos de locomotoras, frente a la estación de Ginebra, pudieron escucharse ayer las notas de un violín. Eran penetrantes, seguras, personales... El violinista daba un recital íntimo a tres amigos suyos en una oficina colindante con las locomotoras, después de la jornada de trabajo. Varias máquinas de escribir, algunos papeles y un teléfono, servían de decorado.

por Próspero Morales Pradilla



Casals, refugiado, violoncelista y director de orquesta.

ra de trampa como : « ¿Cuál es la dirección de Beethoven ? ». Preciso. La pregunta fué ésta : « ¿ Dónde vive Stravinsky ? » y la respuesta rápida : « Ca... que Stravinsky murió en 1890 ». Me había equivocado de ruso...

— Asistirás a muchos conciertos, ¿ verdad ?

— Siempre que pueda entrar gratis... En Madrid, y también en Ginebra, entro, con mi violín, por la puerta de atrás y consigo puesto. No sé si es un robo. No lo diga usted a nadie. Pero es que me falta « la vitamina C. »

— ¿ Vitamina C ?

— Hombre... calderilla, monedas...

— ¿ Tienes hermanos ?

— Tengo una hermana que vale un Po-

tosí. Como la quiero. Mírela, sí, sí, mírela usted. Es guapa, ¿ verdad ?

« Vitín » muestra el retrato de una chica en traje de baño y, desde luego, « vale un Potosí ».

— ¿ Has tenido alguna experiencia internacional ?

— Este año gané el privilegio de asistir al XII Congreso Festival Internacional de Viena y, en 1958, iré al Festival de Bruselas.

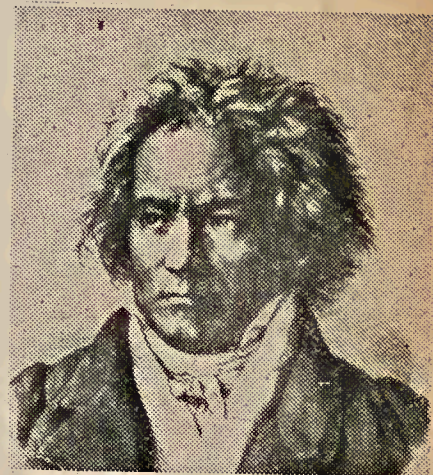
— ¿ Tú crees que vales algo ?

— Víctor abre los ojos, mira hondamente y se resuelve :

— Sí, sí... ¡ Lo creo !

— ¿ Y cuál es tu ambición ?

— Ser concertista internacional. Nada



Beethoven, el único.

de atril. Ahora, que puede ser muy difícil. En tiempos de Sarasate había cuatro o cinco violinistas, hoy hay cuatrocientos. Y los chicos de quinto año de Conservatorio tocan mejor que Sarasate. Oigales usted algún día... Hay que estudiar mucho, ¡ sí, sí !

— ¿ Cuántas horas estudias cada día ?

— Violín, lo que se dice violín, cinco a cinco y media. Pero también estudio armonía y otras materias. Hay que responder a los sacrificios de mi padre.

— Un amigo, allí, subraya :

— Este chico estudia once horas diarias.

— Una pregunta para « reina de belleza » :

— ¿ Cuáles son tus compositores preferidos ?

— Las tres, « B », sí, sí : Bach, Beethoven, Brahms.

— ¿ Y los modernos ?

— Ahora, comienzo a entenderlos. Antes, ni « pisca ».

— ¿ Cómo clasificas tus aficiones musicales ?

— Hay tres clases de música : clásica, moderna e idiota...

— ¿ Idiota ?

— Son estos mamoiertos pesados de todos los días. Yo la llamo « idiota », sin sensibilidad artística. Pero es muy útil para adquirir la técnica.

— ¿ Tienes tiempo de leer ?

— Las horas que le quito al sueño. Me encantan « Los Episodios Nacionales » de don Benito Pérez Galdós. ¡ Y Pereda !

— ¿ No te ha tentado componer, algo tuyo ?

— No hay tiempo. El violín es muy celoso.

— ¿ Sobre músicos has leído ?

— De sólo Beethoven he leído seis biografías para poder interpretar su música. Yo sé cómo la compuso y cómo debe interpretarse. Sé, además, la vida de todos los grandes maestros y de los verdaderos violinistas. El Menuhin hace deporte y come como un bárbaro... Hay que entretenerse para ser violinista.

— ¿ Cómo andas en materia de novias ?

— Tuve una chiquilla, a quien le escribía en clave porque sus padres se las traían (no lo diga usted). Pero ya acabé todo. He prescindido de mi vida amorosa. Mi novia es el violín. Todo lo consagro a esta cajita.

— Víctor señala la caja — forma de maleta — donde lleva su violín, que cuesta 2.500 francos suizos y él compró por 600.

— Víctor Martín, fatigado, empuña su violín. Un sonido limpio domina el ruido de los trenes. Víctor Martín Jiménez atravesará, luego, la ciudad de Ginebra para ir a comer. Vive en un cuarto solitario, donde le permiten estudiar porque al vecindario no le molesta « el ruido » de su violín. A los 17 años, es un pequeño maestro y, sobre todo, una personalidad definida, robusta, franca como sus respuestas a este bombardeo de preguntas. Cuatro veces por día va de un extremo a otro de Ginebra, caminando con su caja en la diestra, para asistir a las clases del Conservatorio. Son ochenta o cien cuerdas diarias que él transita a pie... porque no tiene con qué pagar el pasaje en tranvía. Pero mañana Víctor Martín Jiménez tendrá con qué pagar sus pasajes de avión para dar conciertos a lo largo y ancho del mundo. No es « una promesa ». Es, simplemente, el violinista que nació en un campo de concentración del siglo XX. « Vitín » será VICTOR MARTÍN, con mayúsculas, en las carteleras de los grandes teatros, ¡ sí, sí !